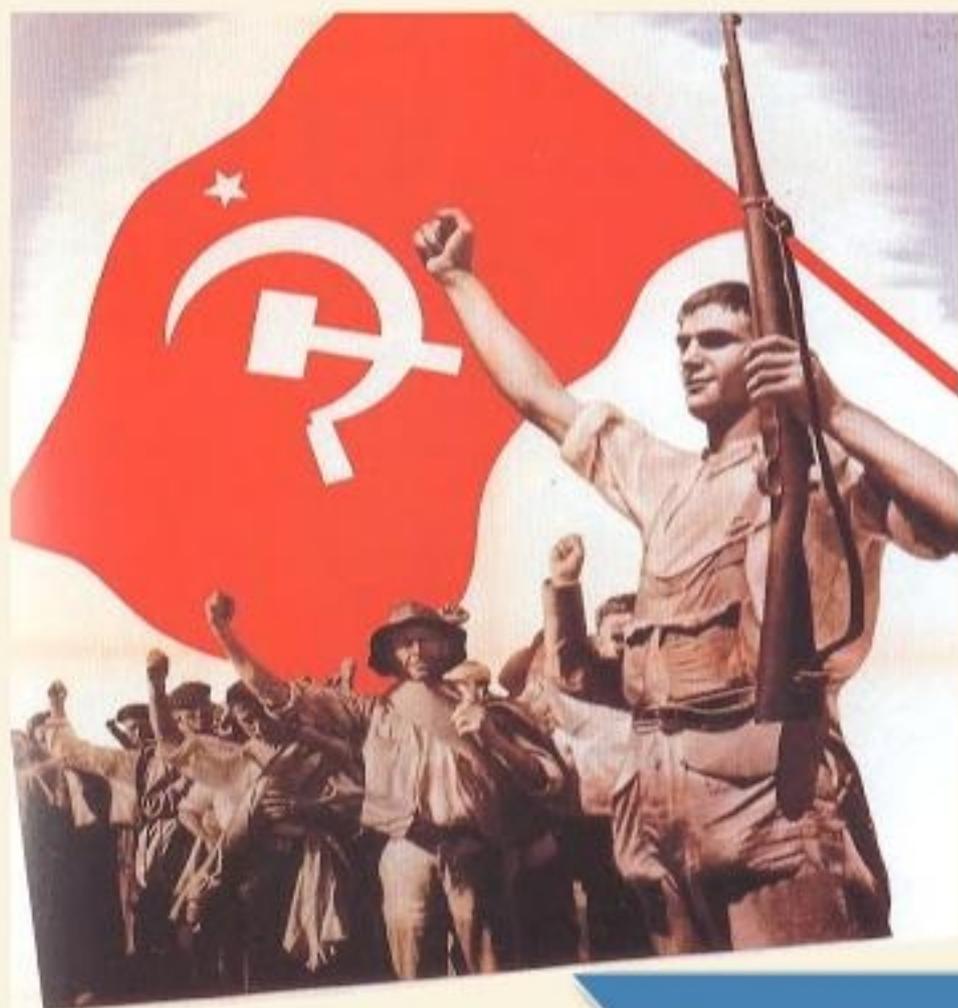


# JUAN BENET

## Qué fue la Guerra Civil



Lectulandia

Uno de los grandes novelistas españoles contemporáneos, Juan Benet, abordó en varias de sus obras de ficción, en clave novelística, el tema de la guerra civil española, trasladada a ese espacio literario mítico llamado Región que fue el escenario de muchas de sus narraciones. Interesado siempre por la historia militar, por los ejércitos y las batallas, Juan Benet deja a un lado en esta ocasión la ficción literaria y aborda la guerra civil en un ensayo tan breve como certero. Aborda Benet en estas páginas las causas y las consecuencias de la guerra, las grandes batallas que marcaron su curso, la trascendencia internacional del conflicto y las lecciones que deberíamos aprender para no repetir un episodio como este.

**Lectulandia**

Juan Benet

# **Qué fue la Guerra Civil**

ePub r1.2

Titivillus 03.07.16

Juan Benet, 1976

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Rosa

## Advertencia

Al aceptar el encargo de escribir una breve sinopsis de lo que fue la Guerra Civil decidí en primer lugar limitarme a la narración de aquellos hechos más sobresalientes que son aceptados hoy con casi absoluta unanimidad, a pesar de que en su día algunos de ellos dieron lugar a prolongadas polémicas entre los testigos e investigadores de los mismos. Pero consideré más tarde que constituiría una grave renuncia a mi papel la exclusión de mis propias opiniones sobre algunos sucesos y actitudes de aquel conflicto por lo que me he decidido a insertarlas, cuando vienen al caso, a sabiendas de que no serán compartidas por la mayoría de los posibles lectores. Confío —de cualquier manera— que el lector menos avisado sabrá distinguir entre los hechos probados y mis juicios personales.



## La sombra de la Guerra Civil

La Guerra Civil de 1936 a 1939 fue, sin duda alguna, el acontecimiento histórico más importante de la España contemporánea y quien sabe si el más decisivo de su historia. Nada ha conformado de tal manera la vida de los españoles del siglo xx y todavía está lejos el día en que los hombres de esta tierra se puedan sentir libres del peso y la sombra que arroja todavía aquel funesto conflicto. Exactamente, cuarenta años y una quincena después del día en que se inició, ha sido necesario un perdón real para borrar —parcial y jurídicamente— las heridas aún abiertas y las profundas divisiones que desde aquella lejana fecha, al seguir separando al país en campos difícilmente conciliables, preservan un estado de latente, cuando no abierta, belicosidad.

Es evidente que España es un país distinto de aquel de 1939 y tal vez su transformación haya sido más intensa y radical que la de cualquier nación europea en el mismo lapso de tiempo. Pero en ciertos aspectos y caracteres que determinan las condiciones necesarias para que sea respirable un clima ciudadano, sigue siendo el mismo pueblo de siempre: las mismas actitudes intransigentes que afloran aquí y allá, el mismo menosprecio a las ideas del adversario, la misma sobredosis de sentimientos con que recargar opiniones que no nacen de juicios claros, la eterna prioridad de los intereses privados sobre los públicos y, como colofón, esas constantes con que el miedo y la agresividad caracterizan la conducta de los seres débiles.

Cuando en 1976 parece que va a abrirse una nueva página del libro que ha permanecido cerrado durante cuarenta años, el lector no puede reprimir un sentimiento de sorpresa al reconocer las mismas frases, idénticos tópicos, incluso los mismos nombres que en 1936, para concluir que un país cuyo aspecto tanto ha cambiado en los últimos cuarenta años sigue aquejado por la misma enfermedad que con frecuencia le ha llevado a la extenuación, las amputaciones y las sangrías.

Se ha dicho repetidamente que la Guerra Civil española no fue sino el preámbulo de la Segunda Guerra Mundial y que las ideas y armas que habían de contender en esta ensayarían sus fuerzas, a escala reducida, en nuestro suelo; nada más inexacto, a mi parecer, que toda teoría que, con el pretexto de verlos incursos en una catástrofe mundial que se venía incubando fuera de sus fronteras, trate de paliar la responsabilidad de los españoles sobre los destinos propios y ajenos. Es más, la Guerra Civil española y la consiguiente victoria de Franco fue una de las causas —sine qua non— de la ruptura de las hostilidades europeas en septiembre de 1939 y sin duda muy distinto habría sido el curso del siglo xx para todo el mundo si los españoles no hubieran apelado a las armas para ventilar sus numerosas diferencias y hubieran tenido el alcance de visión y el espíritu de sacrificio necesarios para preservar su paz interior en aquel fatídico julio. Meses y aun años antes de dar la señal para el levantamiento, los conjurados habían buscado no sólo el apoyo y la

ayuda sino la implicación de sus amigos y correligionarios de Italia y Alemania; la izquierda marxista había optado por una ruta parecida, con dirección a Moscú, y el mismo 19 de julio, a las pocas horas de conocerse el levantamiento del ejército de África, el recientemente nombrado presidente del Consejo, José Giral, enviaba a su colega francés, Léon Blum, un mensaje que decía: «He sido sorprendido por una peligrosa sublevación militar. Le ruego inmediata ayuda con armas y aviones». El mal, con todos los síntomas de su irremediabilidad, estaba cometido.

De la Segunda Guerra Mundial surgió una Europa deshecha, política y económicamente relegada a segundo plano, dividida en dos y flanqueada por dos nuevas superpotencias. Pero al menos surgió una nueva concepción de la armonía mundial y una distribución diferente de las jerarquías de todo orden de tal manera que sin caer en ninguna exageración —y dejando de lado todo juicio comparativo— cabe decir que el decenio de 1936 a 1946 constituyó la traca final de un *ancien régime* que Europa había inventado, en los días de la Ilustración, para el mejor gobierno de la Humanidad. Relegada a un papel más modesto y reducida a los recursos de su suelo y la imaginación de sus hombres, es evidente que Europa ha tratado de superar los desastres de aquella guerra, ha buscado desde entonces las formas de resolver tamañas crisis por procedimientos incruentos y persevera en el camino de hallar en el entendimiento recíproco la solución de sus diferencias. Desde los días de la guerra fría —epílogo innecesario de la guerra caliente impuesto por las dos superpotencias realmente vencedoras— todas las tensiones intereuropeas han tendido a suavizarse y tal vez los pueblos de este continente vuelvan a encontrar un longevo acomodo en la sublimación y virtual eliminación de aquellos fuertes y todopoderosos Estados que inventaron los príncipes del Renacimiento, por congregación de pequeños cantones y marcas baja una misma mano, y cuyo papel histórico —tras tantas conquistas y desastres— acaso haya concluido ya.

Pero no parece ser ese el caso de España, empeñada como siempre en hacerse la vida difícil, si no imposible. En contraste con Europa, durante cuarenta años ha vivido —oficialmente— glorificando la guerra, manteniendo elevada la guardia, usufructuando las rentas de la victoria y pretendiendo hacer de semejante estatuto un régimen estable y definitivo para todo el pueblo español. ¿Se imagina alguien a alemanes, italianos, austriacos, croatas o japoneses tratados en 1976 por sus vecinos y antiguos enemigos como lo han sido los republicanos españoles hasta el día de hoy? El desarrollo de los últimos treinta años ¿hubiera sido posible con tal política? Afortunadamente nadie será ya capaz de medir lo que semejante tratamiento ha supuesto para el progreso y la evolución de la sociedad española pero aquellos que se han atribuido la paternidad de ese desarrollo y han llegado a dar su apellido a la paz de la posguerra serán en su día justamente inculcados por la historia como los mayores retardatarios de nuestro progreso y los más calificados agentes contraceptivos de la regeneración que necesita el país.



Todo ello no sería lo más alarmante si 1976 viniera a ser el año del borrón y cuenta nueva, del perdón oficial y la reparación de esa incalculable injusticia histórica; lo más flagrante es la constatación de que política y socialmente estos cuarenta años han pasado en balde, tanto para unos como para otros; que los dos bandos que contendieron en 1936 siguen en sus mismas posiciones, ocupando las mismas trincheras y dispuestos a asestar —a sus adversarios o a quienes se pongan por delante— los mismos golpes de antaño, que ni unos ni otros han engendrado ideas nuevas, a tenor de los tiempos, ni han sabido mirar en derredor suyo para tomar una lección que por sí mismos no pueden aprender. Tal es la España de hoy: las mismas reliquias de 1936 alimentadas con el mismo furor. La misma pugna entre la opresión y el orden impuesto, entre la República y la Monarquía, entre el estado autoritario y el electivo; los mismos partidos, los mismos extremismos, la misma ranciedad, casi los mismos gritos y siglas y, por supuesto, los mismos apellidos y apodos. Verdaderamente con razón hemos elevado al señor Santiago a nuestro patronazgo: una reliquia que en todo país se sepulta en un osario para la curiosidad del visitante, aquí tiende a pasearse en forma de fantasma para dirimir batallas.

La República y el estado democráticos que los españoles eligieron el 14 de abril de 1931 y a continuación refrendaron, en las tres ocasiones en que les fue permitido votar libremente, quedaron pulverizados el 18 de julio de 1936 por la acción conjunta y simultánea de dos revoluciones extremistas lanzadas contra él el mismo día. Que yo sepa, en la historia no se ha dado nunca un caso semejante. Un estado cuenta por lo

general con recursos para enfrentarse con una revolución; dos en el mismo día parece demasiado. Y no se olvide a este respecto que esta infausta fecha fue celebrada — como un 14 de julio, como un 7 de octubre— y reivindicada por ambos bandos como el día generacional de la nueva era. La calle del General Mola de Madrid se llamó durante la guerra —si no recuerdo mal— calle del 18 de julio. Ese día el estado democrático quedó sepultado y silenciado para dar paso a la lucha entre las dos facciones revolucionarias, una de ellas disfrazada con las libreas y efigies de aquel estado, la otra revestida con los sagrados atributos de la defensa de la cultura, la civilización y la tradición. Una de ellas triunfó y supo mantener su conquista mientras vivió su caudillo. La otra que nunca se resignó a la derrota en el campo si no elegido al menos aceptado por ella, pretenderá desquitarse dirigiéndose en campeona de unas libertades que ella misma abolió durante su breve mandato. Cualquiera que fuera el resultado de la contienda aquel Estado difícilmente podía subsistir, engullido por unos y otros según la ley del más fuerte y es de sospechar que si la guerra hubiera conocido un desenlace favorable a las huestes de la República —cosa difícil de pensar, por otra parte— tampoco se habría propiciado la reinstauración de un régimen democrático ni habría redundado tal triunfo en un mejor equilibrio geopolítico europeo.

Y, sin embargo, aquel estado era y es lo único digno de ser salvado. Lo demás — el régimen autoritario y el partido único, la revolución marxista o derechista, la dictadura del proletariado o de coroneles o generales— en la Europa de 1976 sólo podrá parecer una comedia de guardarropía, puesta en escena por unos aficionados, para revivir el clima de «antes de la guerra».

## Los antecedentes del 18 de julio

El 18 de julio de 1936 cayó en sábado, uno de esos ardientes y solitarios sábados que los militares españoles escogen para llevar a cabo sus pronunciamientos. Esos días con una fiesta por delante presentan muchas ventajas para semejantes proyectos: la burguesía a buen recaudo en sus lugares de verano, el Gobierno desperdigado y las masas obreras en sus casas, necesitando horas para agruparse y movilizarse. Desde el día siguiente de la proclamación de la República, y sin atender a sus resultados, militares y civiles adictos a la Monarquía y a las formas autoritarias de gobierno se habían propuesto derribarla, sin esperar para ello más que la ocasión propicia. Ninguna clase de escrúpulo moral o ideológico retrasó sus planes. El 10 de agosto de 1932 el general Sanjurjo dirigió un pronunciamiento en Madrid y Sevilla, que fracasó estrepitosamente a consecuencia de sus numerosas improvisaciones. Semejante experiencia fue de mayor aprovechamiento para los sublevados —quienes comprendieron que el siguiente golpe lo tendrían que preparar con mayor cuidado y efectivos— que para los hombres del Gobierno quienes no dedujeron sino una falsa confianza en las fuerzas leales ya que en aquella ocasión no fue preciso recurrir a las masas para reprimir la sublevación. (Unos años más tarde el general Franco se permitió advertir al señor Azaña, presidente de la República, sobre la inoportunidad de su propio traslado a Canarias como Capitán General y la conveniencia de retenerle en Madrid para salir al paso de un posible levantamiento contra la República. El señor Azaña que como presidente del Consejo había dado muestras de gran serenidad al contemplar fumando el tiroteo del 10 de agosto desde un balcón del Ministerio de la Guerra, se permitió desoír tal advertencia dando al general toda clase de seguridades sobre sus propios recursos.)

Ante el inesperado triunfo republicano del 14 de abril, recibido por todo el país con grande y espontáneo júbilo, la reacción se había convencido de la necesidad de reforzarse, agruparse y contraatacar. Con independencia de ello en 1928, 1930 y 1931 se habían formado los primeros grupos de extrema derecha en torno a las figuras de Giménez Caballero, el doctor Albiñana («el primer fascista español»), Ramiro Ledesma Ramos, un cierto intelectual seducido por el ideario nazi, y Onésimo Redondo, un cabecilla de Valladolid que pronto se unió al anterior para fundar las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas (JONS). Por vía separada, José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador recientemente fallecido, fundó Falange Española (FE) el 29 de octubre de 1933, un mes antes de obtener un acta de diputado en las elecciones de noviembre de aquel año.

Nada más llegar al poder el Gobierno de la República había anunciado las elecciones a Cortes Constituyentes que se celebrarían en junio del 31. Cogida de sorpresa la derecha apenas tuvo tiempo de organizar Renovación Española (RE) con Pemán, Pradera, Sáinz Rodríguez y Maeztu a la cabeza y una rama militar, la Unión Militar Española (UME) que contaba con los generales Ponte, Orgaz y Sanjurjo. El

28 de aquel mes se conocían los resultados: los republicanos conseguían 377 mandatos contra 60 de sus adversarios, de los cuales sólo 19 procedían de RE. Alentados por tal triunfo iniciaron la redacción de una Constitución de corte liberal y laico —inspirada en la de Weimar de 1919— y un amplio programa de reformas (con cosas tan lacerantes e irrisorias como la ley de secularización de cementerios) que a las clases conservadoras sólo podía producir vahídos, retortijones y humores negros. Sin ninguna clase de concesiones y sin atenerse a sus consecuencias, los primeros palos fueron contra la Iglesia, el Ejército y los terratenientes, los amos inmediatamente anteriores que, por ende, conservaban en sus manos buena parte del poder. En mayo se habían producido ya en Madrid y Málaga algunos desórdenes y la quema de unas pocas iglesias y conventos lo que llevó a la prensa conservadora a airear su conocido repertorio de frases hechas para tales ocasiones. (Esa misma derecha no vacilará luego en derribar iglesias conventos y cuarteles cuando se trata de defender sus intereses o especular con sus solares y, nada resulta más inconsecuente que los ditirambos al orden público, cuando semejante «orden» es impuesto mediante fuerzas provistas de armas de fuego. La historia vendrá a demostrar que a la llamada derecha española no le importan demasiado las monjas, los curas y los conventos, pues lo que en verdad teme es la emergencia de una fuerza capaz de sacudir el orden impuesto por ella.)

Pero tampoco la izquierda se sentía a gusto y un levantamiento anarquista en Casas Viejas, Cádiz, hubo de ser sofocado por la Guardia Civil que reclamando la ayuda de aviones y bombas, terminó por conquistar el pueblo y fusilar a los rebeldes. Su consecuencia fue el final del Gobierno Azaña, sustituido por Martínez Barrio hasta las elecciones de noviembre de 1933 que supusieron un considerable triunfo para los radicales de Lerroux, con 167 escaños, la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) de Angel Herrera Oria y José María Gil Robles («el Pera») con 154 asientos y un descalabro para Azaña que sólo consiguió 8 mandatos. El gobierno de Lerroux no hizo sino contemporizar, amnistió a Sanjurjo y sus amigos, compensó con un modesto sueldo a los sacerdotes, dejó en suspenso algunas medidas de los gabinetes anteriores y a todo trance buscó el equilibrio entre los poderosos y mortificados partidos de ambos lados; pero cuando en octubre de 1934 formó un gabinete con algunos miembros de la CEDA todos los sindicatos obreros declararon la huelga general y Lluís Companys, por añadidura, la República Catalana desde el balcón del palacio de la Generalitat. La llamada «Revolución de Octubre» de 1934 sólo tuvo consecuencias trágicas en Asturias donde cerca de 50.000 mineros se batieron durante quince días contra las fuerzas de la Guardia Civil, el Ejército, la Legión y los Regulares de Franco (a la sazón Jefe del Estado Mayor del Ejército), Yagüe, Varela, Goded y López Ochoa, esto es, los futuros cabecillas del 36. Tras la represión, los juicios sumarísimos y los fusilamientos, parecía haber llegado el momento para el golpe militar que tantos ansiaban y tan claro se veía ante la debilidad del Gobierno y los medios expeditivos de los militares. Pero no era verano;

Lerroux cayó a consecuencia del escándalo del *straperlo* —una especie de ruleta que producía pingües beneficios— en que se vio involucrado su hijo adoptivo y numerosos miembros de su *clique*.

Las elecciones de febrero de 1936 se vieron fuertemente influidas, por si fuera poco, por el clima de recelo y hostilidad que invadía Europa como consecuencia del avance de los fascismos. La izquierda europea había montado la política del Frente Popular, con especial énfasis en Francia y España, a fin de oponerse a aquella corriente. En las elecciones francesas de mayo consiguieron un considerable triunfo que llevó a Blum a la Jefatura del Gobierno, con Delbos como ministro de Asuntos Exteriores. El Frente Popular español estaba constituido por el PSOE, Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Comunista, Esquerra Catalana y otros menores y contaba además con la no beligerancia de la CNT que en el último instante exhortó a sus miembros a votar al FP y salir al paso del Bloque Nacional creado a trancas y barrancas por la derecha, agrupando monárquicos, carlistas, agrarios y falangistas ya por aquel entonces unidos a los jonsistas. El Frente Popular obtuvo 278 escaños frente a los 134 del Bloque Nacional y 55 de los partidos del centro.

A partir de ese momento y con semejante resultado la suerte quedaría echada para la derecha que, ocultando sus intenciones tras un juego parlamentario un tanto infantil, decidiría que no había otra opción que la conspiración, el golpe de estado y la restauración del estado autoritario. Los Calvo Sotelo, Oriol, Goicoechea, Vallellano, Fal Conde y Zamanillo —entre muchos— intensificarían sus contactos y visitas a Italia, Alemania y Biarritz, a un «conocido financiero mallorquín de gran pujanza económica» mientras los Mola («el Director»), Fanjul, Goded, Queipo, Saliquet, Cabanellas y Varela daban los últimos toques a un plan de sublevación que debía estar totalmente listo a finales de mayo. Durante la primavera la violencia, de palabra y obra, conoció un notable incremento y a una provocación de un bando el otro respondería con represalias de mayor magnitud. En junio fue asesinado por falangistas el capitán Faraudo; el domingo 12 de julio otro oficial de los Guardias de Asalto, el teniente José Castillo, caía abatido a tiros y el lunes 13 los compañeros de este último, con nocturnidad y alevosía, tomaban su represalia sobre el cuerpo de José Calvo Sotelo, diputado a Cortes, exministro de la Corona y miembro destacado del partido monárquico. Acerca de este último asesinato la propaganda del futuro régimen vendría a afirmar que no sólo fue preparado y perpetrado por orden del Gobierno y concretamente del presidente del Consejo, Santiago Casares Quiroga, sino que fue la chispa que, al levantar la indignación de los elementos honrados que quedaban en el país, provocó el espontáneo incendio del 18 de julio. Nada más inexacto. Los hechos probados demuestran la inocencia de los altos funcionarios gubernamentales (y todo aquel que la recuse sólo demostrará su incompetencia y mala voluntad para hacer historia) y nada resulta más inapropiado que tildar de espontáneo el levantamiento del 18 de julio. Ni la ira espera cinco días para manifestarse ni un levantamiento así se prepara en tal plazo. El levantamiento del 18

de julio se habría producido con o sin asesinato de Calvo Sotelo, que al Gobierno de la República sólo creó dificultades y a los conjurados proporcionó un inesperado y preciso pretexto para justificar públicamente su acción.

Cuando los hechos llegan a tales extremos ambas partes resultan ser responsables por igual, como en los conflictos conyugales. De nada sirve recurrir al «tu empezaste» cuando a la primera falta el otro responde con un agravio mayor. En virtud de esa progresión un hecho insignificante puede tomarse solamente como el origen cronológico de una gran disputa que arranca, como siempre, de la discordia y la hostilidad de los ánimos. Y sólo cuando uno de ellos considere que la concordia debe estar por encima de su orgullo y de la reparación de la falta cometida contra él, y en consecuencia suspenda unilateralmente las acciones ofensivas de desagravio y represalia, podrá encontrar el camino para reducir a los límites del drama lo que puede degenerar con tanta facilidad en tragedia. Ninguno de los bandos en que España estaba dividida supo tener entonces esa altura de miras.

## El 18 de julio

El alzamiento se inició el 17 de julio, a las cinco de la tarde, una hora con tradición trágica en la arena española. Estaba previsto que con simultaneidad al ejército de África se levantaran las principales guarniciones de la península y que en pocas horas todos los centros neurálgicos de la nación caerían en poder de los militares conjurados. Debido a circunstancias muy diferentes en cada lugar, se puede decir que en ninguno se produjo a la hora señalada, sucediéndose escalonadamente a lo largo de todo el día 17, la noche del mismo y la mañana del siguiente. En África se anticipó y en casi todos los puntos de la península se retrasó. (Un oficial que prematuramente salió con parte de su tropa en una ciudad levantina dando gritos patrióticos fue abucheado por la multitud y hubo de refugiarse en su cuartel consternado y confuso, creyendo que todo se debía a un mal vapor de cabeza. Su disgusto debió ser tal que horas más tarde desoyó las órdenes de sus compañeros, para ponerse a disposición del Gobierno). El Alzamiento apenas tuvo dificultades en las guarniciones africanas y plazas de soberanía donde Yagüe, Asensio y Beigbeder se hicieron pronto con el mando, arrestando al alto comisario, Álvarez Buylla, y a los oficiales adictos a la República.

En Sevilla la sublevación corrió a cargo del general Queipo de Llano (Don Gonzalo), jefe de carabineros, hombre anticlerical, valleinclanescos y parlanchín que con inusitado y desvergonzado arrojo y empuñando una pistola casi conquistó la capital con sus propias manos, encerrando a los oficiales leales bajo llave —despacho tras despacho— y encarándose a continuación con una populosa población sindicalista que fue dominada sin salir de su asombro. A continuación ocupó Radio Sevilla y durante toda la contienda se dedicó a sus famosas «charlas» radiofónicas, inventando aquella guerra psicológica de la que tanto uso se haría posteriormente. Tan personal fue aquella acción que cabría sospechar un curso totalmente distinto al alzamiento si alguien se hubiese atrevido a desarmar al general, pues Sevilla fue la clave —el único enlace entre el ejército de África y el del Norte— sin la cual muy probablemente se habría desmoronado el edificio de la sublevación. (Al viandante madrileño le sería dado contemplar en la posguerra la espigada figura del general, Virrey de Andalucía, sentado en el sillón de un casino de la calle de Alcalá, con una mano apoyada en un bastón y la otra atusándose el bigote, lanzando en voz alta improperios contra Franco, no lejos de aquel otro casino, en la acera de enfrente, donde se sentaba el orondo general Aranda para lanzar en voz baja maldiciones contra Franco).

Asimismo el Alzamiento triunfó con facilidad en Pamplona, gracias a Mola y los requetés venidos de toda la provincia que se congregaron a una voz en la Plaza del Castillo para salir a continuación en cualquier dirección, y en Valladolid, un islote falangista, en Burgos, en Zaragoza, en casi todas las capitales de Castilla la Vieja y, tras algunas tropelías y asesinatos, en Galicia. Pero fracasó, no sin combatir, en

Madrid y Barcelona, y sólo pudo insinuarse en Valencia, Levante, Castilla la Nueva, Extremadura y Andalucía Oriental, en el País Vasco, Santander y Asturias y en las regiones poco pobladas de la cordillera Ibérica, desde Huesca hasta Málaga. Es decir, contando con el golfo de Extremadura y los enclaves del Norte, favorables a la República, y de Mallorca donde Goded apenas tuvo trabajo para dominar la isla, se puede decir grosso modo que el meridiano de Madrid vino a definir la frontera geográfica de las «dos Españas»: la occidental abrazó la causa del alzamiento y la oriental se pronunció por la República.

En los cuatro regimientos acantonados en torno a Madrid las órdenes fueron tan imprecisas y dudosamente ejecutadas que no llegaron a alzarse y la sublevación se limitó a la breve e ineficaz defensa del Cuartel de la Montaña cuando el general Fanjul cerró sus puertas al negarse a entregar al pueblo, movilizado espontáneamente al tener noticia de los sucesos, 60.000 cerrojos de fusiles allí almacenados. El 20 de julio la ciudad estaba en poder de las milicias del Frente Popular que con coches requisados y heterogéneo armamento recorrían los barrios burgueses a la caza de los «pacos» fascistas que con armas de fuego, desde sus terrazas, trataban de sembrar el pánico. Estaba previsto que el general Fernández Burriel se alzara en Barcelona y que Goded, capitán general de Baleares, volara a Valencia desde Palma de Mallorca pero los acontecimientos indujeron a Mola, a la vista de la gran movilización sindical en esta región, a sacrificar Valencia y a apoyar a Burriel con la presencia de Goded y otros pocos oficiales que le acompañaron en su vuelo. Los sublevados llegaron a ocupar el centro de Barcelona y la lucha se centró en torno a la plaza de Cataluña, donde aquellos emplazaron algunas piezas de artillería, el edificio de la Telefónica, el hotel Colón, el palacio de Capitanía y el cuartel de Atarazanas. Las fuerzas populares —que agrupaban militantes de la CNT, UGT, Esquerra y JSU (Juventud Socialista Unificada)— diestramente dirigidos por el general Aranguren, de la Guardia Civil, pronto cercaron a los sublevados; hubo piezas de artillería que fueron tomadas por avalanchas de anarquistas abalanzándose sobre ellas en pleno fuego y al cabo de 24 horas de lucha breve pero intensa la ciudad quedó también en poder de las milicias del Frente Popular. Una vez capturado, el general Goded lanzó una alocución por la radio exhortando a sus compañeros de rebelión a deponer las armas —razón por la cual su figura conoció poca gloria después del triunfo de la España Nacional— y tras un juicio sumarísimo tanto él como sus compañeros fueron pasados por las armas. También el general Aranda consiguió consolidar el Alzamiento en Oviedo mediante una estratagema. En principio se pronunció como partidario de la República y no debió tener demasiadas dificultades oratorias en convencer a los mejores cuadros mineros para que se trasladaran por ferrocarril hacia León a fin de ganar la meseta para la revolución proletaria. La Guardia Civil, advertida por el general, se encargó de aquellas expediciones y Aranda, libre de tan enojosas compañías, se alzó en Oviedo y pudo resistir con cierto lujo de medios un improvisado y caótico asedio que se había de prolongar durante más de un año, hasta la liquidación del frente Norte.



El patio del Cuartel de la Montaña después de su ocupación

Así pues el Alzamiento triunfó sin paliativos en África, Andalucía Occidental, León, Castilla la Nueva, Galicia, Navarra, Mallorca, Canarias y parte de Aragón, región limítrofe para las dos tendencias antagonistas y que se convertiría a lo largo de toda la guerra en un permanente y decisivo teatro de operaciones. Por el contrario, su fracaso fue el acicate para la revolución proletaria en las grandes ciudades y en las zonas industriales así como en las regiones levantinas y cantábricas más excitadas por su nacionalismo.

Mención aparte —no sólo por su personalidad sino por la singularidad de su postura— merece el general Francisco Franco que no se alzó. El 18 de julio ocupaba —no de buena voluntad, al parecer— la Capitanía General de Canarias, con sede en Santa Cruz de Tenerife. Aun cuando se hallaba perfectamente informado de los planes de la sublevación, en ningún momento supieron los conjurados si podrían contar con él, dada la cautela y evasividad con que eludió todo compromiso. En las fechas del alzamiento se estaban realizando unas maniobras militares en la isla de Gran Canaria y Franco solicitó de Madrid un permiso para trasladarse allí por vía aérea. El permiso le fue denegado pero el mismo día 17 a causa de un accidente al parecer fortuito murió en dichas maniobras el gobernador militar de la isla, general Balmes, y Franco, considerando excusada su asistencia para asistir a las honras fúnebres e inspeccionar la situación creada por el suceso, abandonó el archipiélago en un avión *Dragon Rapide*, alquilado en Londres por los conjurados y pilotado por un capitán inglés, en compañía de su familia. En África hizo una escala y se dio por enterado de la amenaza que pesaba sobre la República, a cuya salvación dedicó la proclama que lanzó cuando se hizo cargo del ejército de Marruecos —por su superior jerarquía— y que terminaba con los habituales vivas a la Libertad, Igualdad y Fraternidad.

En el lado republicano pronto se comprendió que la carga era lo bastante fuerte

como para hacer vacilar todo el edificio estatal. Casares Quiroga, presidente del Consejo, se negó empero a entregar las armas que le requerían sindicatos y delegaciones obreras y se limitó a ordenar que una agrupación de destructores bombardeara Ceuta y bloquease el estrecho. Apodado «Civilón» en memoria de un famoso toro que no quería arrancarse, ante la intensa presión política y social dimitió la noche del 18 de julio y fue sustituido por Diego Martínez Barrio, cuyo mandato duró veinticuatro horas. El 19 se hizo cargo del Gobierno José Giral, catedrático de Farmacia y hombre de Azaña, quién asumió el cargo con la convicción de que le esperaba un largo y dudoso combate. Aun cuando el Alzamiento no hubiera triunfado con la amplitud y rapidez deseada y prevista por los conjurados, la mayor parte de los efectivos y cuadros del Ejército y de la Armada habían desertado del campo de la República, volviendo contra ella el brazo armado de la nación. Los expertos estiman que tras el 18 de julio, de 15,000 oficiales del Ejército y los institutos armados, sólo 200 obedecían al gobierno de la República que, inerme, para repeler la agresión tuvo que buscar improvisadamente un ejército allí donde sólo podía encontrarlo: en los contingentes sindicales y obreros, en las milicias populares y en la compra de armas y reclamo de voluntarios en el extranjero y aun cuando semejante paso supusiera la revolución proletaria que el Gobierno de la República trataría a todo trance de domeñar durante su breve y agitada existencia en pie de guerra.

Un último acontecimiento vino a entenebrecer aún más el ya de por sí sombrío carácter de aquel alzamiento. Estaba previsto que el general Sanjurjo, que debía asumir el mando de la sublevación exiliado en Estoril, volara a España tan pronto como los rebeldes contaran con un campo de aterrizaje seguro. Su jefatura había sido aceptada por todos los conjurados quienes habían elaborado un plan técnico ya que no político pues en el ánimo de todos se configuraba una restauración monárquica en la persona de Alfonso XIII tras el necesario período de pacificación bajo la jefatura provisional del general. Era este un hombre de la antigua escuela, cuyo modelo aceptado para tales casos lo constituía la figura del general Primo de Rivera. Debido a ciertas precauciones de las autoridades portuguesas, el avión —un biplano de dos plazas— pilotado por el conocido aviador monárquico Juan Antonio Ansaldo debía despegar de una pista deportiva. Ansaldo —que contará después el suceso en un libro saturado de amargura y decepción— quedó aterrado ante el equipaje de Sanjurjo, un baúl cargado con todos sus arreos, uniformes, botas, gorras y medallas, que el general se negó a aligerar, alegando la necesidad de presentarse en Burgos con todas sus guerreras y medallas. Al despegar el avión rozó unos árboles, capotó y fue a estrellarse —muy propiamente— en la Boca do Inferno, donde el general fue a encontrar la muerte, envuelto en llamas, carbonizado entre sus guerreras y medallas. Así pues no solo la jefatura quedó vacante sino que el Alzamiento se vio desposeído del viejo contenido político de la restauración y sujeto por ende a ser utilizado y ocupado por un ideario muy distinto, sin duda más enérgico, moderno y ambicioso, y más imprevisible también para aquellos que se pronunciaron con la vista puesta en

los ideales del antiguo régimen.

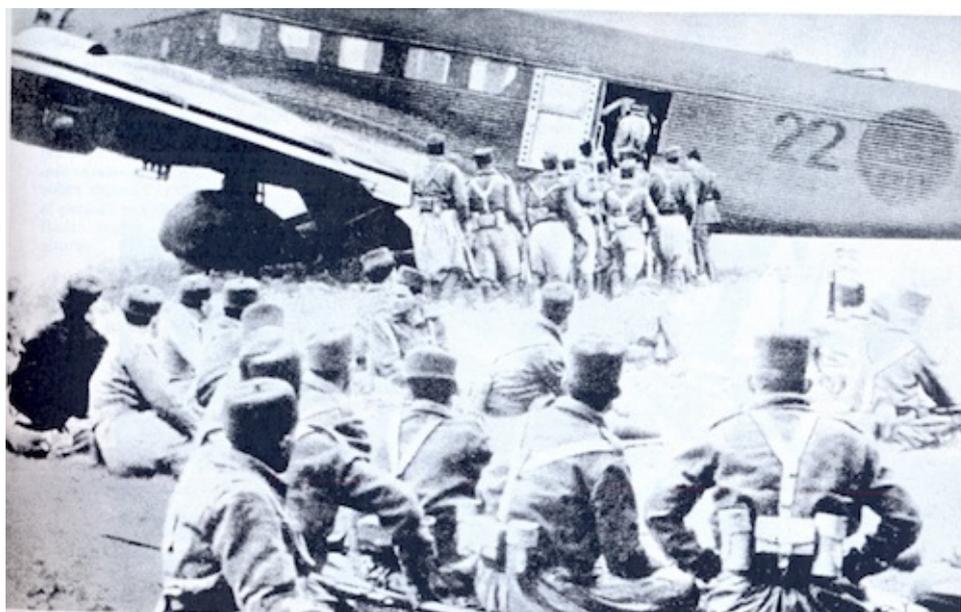
## Las primeras acciones militares

Consolidado el Alzamiento en el cuadrante noroeste de la península y en algunos puntos aislados del norte y del sur, los sublevados buscaron en primer lugar el enlace de sus fuerzas y el establecimiento de un territorio —nacional— continuo que les permitiera reagrupar y distribuir sus efectivos a fin de pasar a las primeras acciones ofensivas. Por su parte el gobierno republicano, dueño de las grandes poblaciones (a excepción de Sevilla y Zaragoza) se limitó a aprestarse a la defensa, sin aventurarse en acciones bélicas de castigo en las lejanas comarcas rurales donde habían triunfado sus adversarios; un intento anarquista —encabezado por Buenaventura Durruti— de reconquistar Zaragoza con una columna que partió de Barcelona, fracasó en pocas jornadas.

Los dos grandes focos de la sublevación, Castilla la Vieja y Navarra en el Norte, y África y Sevilla en el Sur, una vez que se afirmaron en sus respectivas bases buscaron su convergencia mediante dos movimientos de dirección opuesta que apuntaban hacia Madrid. Desde cualquier punto de vista —el estratégico, el político, el logístico e, incluso, el de las relaciones internacionales— resulta difícil comprender la Guerra Civil si no se admite que toda ella giró en torno a la conquista de Madrid; mientras la República logró conservar en sus manos la capital —aun cuando trasladara la capitalidad— la guerra pudo continuarse y sólo cesó a los dos días de la entrada de las tropas de Franco por la Puerta del Sol, y probablemente la coda final hubiera sido igualmente breve si la toma de Madrid en lugar de producirse en marzo de 1939, hubiera acontecido en noviembre del 36, en agosto del 37, en abril u octubre del 38, en aquellas tres o cuatro inmejorables ocasiones que dejaban fuera de toda duda cualquier eventualidad y que —se diría— una misteriosa y tal vez impersonal voluntad bélica dejó escapar de manera que resulta incomprensible, a menos que se acepte que deseó prolongar la guerra y el estrago hasta el postrer aliento de uno de los combatientes. Por eso la paz que había de sobrevenir tendría un carácter tan augusto y lunático, de mausoleo y cementerio.

La primera acción bélica de cierta importancia había de consistir en el transporte del ejército de África a la península, luego llamada «la gesta del Estrecho». (En la guerra abundaron las «gestas» —como la del Estrecho, la del Alcázar, la de Madrid, la de Santa María de la Cabeza, la de Oviedo, la de Teruel, y tantas otras— pues sin duda hubo que recurrir al femenino para suplir la ausencia de gestos verdaderamente nobles por cualquiera de las dos partes.) Los primeros traslados se hicieron por vía aérea, en aviones militares de transporte que agentes italianos y alemanes habían adquirido en sus respectivos países y puesto a disposición de la sublevación incluso antes de que esta tuviera lugar; también a los pocos días, los primeros convoyes formados con pequeños barcos escoltados por el cañonero *Dato* lograron romper el precario bloqueo establecido por las unidades navales republicanas sin ninguna clase de apoyo aéreo frente a los aviones de Franco y que dio lugar a las primeras acciones

navales de la guerra. En los meses de agosto y septiembre el puente aéreo organizado con unos 30 aviones «Junker Ju 52» y 20 «Savoia 81» fue capaz de transportar a la península del orden de 20.000 soldados y 300 tons de material bélico.



Regulares subiendo a un JU-52

Así pues, ya en los primeros días de agosto había en la península tres ejércitos en pie de guerra dispuestos a combatir la República: el ejército del Norte, al mando del general Mola, con sede en Pamplona, cuyos objetivos principales se cifraban en la conquista del País Vasco y el avance hacia Madrid por Logroño, Soria, Sigüenza y Guadalajara; el ejército de África —posteriormente denominado «Ejército del Centro»— al mando del General Franco, que tenía como misión la conquista de Extremadura y el avance hacia Madrid por el valle del Tajo; y por fin el ejército del Sur, al mando del general Queipo de Llano —el más débil e inoperante de los tres—, que se limitaba a mantener el terreno ganado y tratar de llevar la sublevación a las capitales andaluzas más próximas —Córdoba y Málaga— que se habían pronunciado por la lealtad al Gobierno.

De inmediato, Mola envió dos columnas al mando del coronel Beorlegui en dirección a San Sebastián que fracasaron ante la resistencia de las milicias en Tolosa e Irún y hubieron de retirarse a sus bases, sin lograr aliviar la situación de 108 militares sublevados en los cuarteles de Loyola que el 27 de Julio se vieron forzados a rendirse sin condiciones. Otras dos columnas, al mando de los coroneles García Escámez y Serrador Santes, salieron de Pamplona en dirección a Madrid por dos vías diferentes, la primera pasando por Valladolid con dirección al puerto de El León (Guadarrama) y la segunda por Soria en dirección Guadalajara, Segovia y Somosierra. En su avance ambas columnas fueron agregando buen número de voluntarios castellanos que reclamaban armas y municiones ante la desesperación de Mola, provisto tan sólo de sus famosos 40.000 cartuchos y reacio —muy comprensiblemente— a tener que explicar la insuficiencia de su amunicionamiento.

Por su parte Franco, llegado a Sevilla el 6 de agosto, pronto se trazó un plan de campaña —que cumpliría con precisión— consistente en alcanzar la frontera portuguesa, a través de la cual esperaba recibir ayuda y voluntarios de aquel país, y tras conquistar Badajoz, a sangre y fuego y castigar a su población con una represión brutal, avanzar hacia Mérida, Cáceres, Trujillo y Navalморal y dejar expedito, para su ulterior avance sobre Madrid, todo el valle medio del Tajo.

Con independencia de estos dos grandes movimientos que habían de converger en la capital de España, en aquel verano se produjeron unos cuantos tenaces y sangrientos combates en los enclaves que los sublevados habían logrado ganar para el alzamiento, rodeados por todas partes por el enemigo, aislados de las fuerzas amigas y separados de ellas en la mayoría de los casos por un extenso *hinterland* hostil que hacía parecer imposible cualquier intento de liberación. En Toledo el coronel Moscardó se unió al levantamiento y por breve espacio de tiempo ocupó buena parte de la ciudad con los cadetes de la Academia de Infantería, la Guardia Civil y unos cuantos falangistas y adictos civiles. Ante el acoso de las fuerzas populares hubo de refugiarse en el Alcázar, antiguo palacio de Carlos V y sede de la Academia, con unos 1.200 hombres y 500 mujeres que resistieron el asedio durante sesenta días hasta que el 28 de septiembre las fuerzas marroquíes de Franco y Varela desviándose de su ruta hacia Madrid, después de la conquista de Talavera, liberaron a sus compañeros de armas y consiguieron una victoria moral y propagandística de primer orden. Asimismo en el santuario de Santa María de la Cabeza, en las desérticas serranías de Córdoba, se refugiaron 1.300 hombres —en su mayoría números de la Guardia Civil— que al mando del capitán Santiago Cortés resistieron hasta el 1 de mayo de 1937. Los que al mando del coronel Pinilla se hicieron fuertes en el cuartel de Simancas, de Gijón, perecieron entre sus escombros bajo la acción conjunta de la dinamita asturiana y las salvas del crucero *Almirante Cervera* que trató de aliviar a los sitiados con una barrera de fuego de artillería de 6" no demasiado precisa. En el archipiélago balear, Menorca había abrazado la causa republicana mientras en las otras islas, esenciales para la logística del apoyo italiano con un litoral mediterráneo en manos del adversario, se había afianzado el dominio nacionalista. Por otra parte la política expansionista de Mussolini abrigaba ciertas ambiciones respecto a las islas en las que confiaba si no consolidar un dominio italiano al menos establecer unas bases permanentes que, en caso de una futura guerra con Francia, dislocaran el transporte entre la metrópoli y sus colonias del Norte de África, inagotable fuente de recursos humanos. Unos 3.000 catalanes y valencianos, al mando del capitán del Aire Alberto Bayo, apoyados por el acorazado *Jaime I*, el crucero *Libertad* y un par de destructores, desembarcaron en Porto Cristo la noche del 16 de agosto y sin encontrar resistencia establecieron una cabeza de puente que, con ayuda de las vacilaciones y falta de coraje de los rebeldes, a punto estuvo de recuperar la isla para el lado republicano de no haber sido por la ayuda italiana, en forma de aviones, material y operadores y un extravagante *condottiero* fascista, llamado nada menos que

Arconovaldo Bonaccorsi, enorme, de ojos de fuego, pelirrojo —apodado el «conde Rossi», provisto de un bien surtido y macabro atrezzo de botas, camisas negras, calaveras, dagas, plumeros y brazaletes y que anduvo muy cerca de convertir la isla en su propio feudo con ayuda de una extraña y algo fantasmal falange titulada «Los dragones de la Muerte». Inesperadamente y para la sorpresa de los defensores, las fuerzas de Bayo reembarcaron el 3 de septiembre, siguiendo órdenes de Madrid que cansado del lento progreso de la operación decidió suspenderla ante la necesidad de utilizar las unidades navales para la vigilancia del Estrecho. La situación militar del archipiélago no se alteraría hasta cerca del final de la guerra, cuando tras la caída de Cataluña, se sublevaron el 8 de febrero de 1939 unos batallones de Infantería de guarnición en Menorca y la entrega de la isla a las autoridades nacionales se hizo sin derramamiento de sangre, gracias a las negociaciones de la oficialidad del crucero británico *Devonshire* que evacuó 500 refugiados republicanos.

## Los combates en torno a Madrid y la intervención europea

Las primeras fuerzas rebeldes de cierta entidad que avanzaron sobre la capital procedían del norte y los primeros combates se desarrollaron en las sierras que limitan septentrionalmente la provincia. Al avance de las columnas de García Escámez —a la que se sumó un grupo de RE acaudillado por los hermanos Miralles, que ocupó el túnel de Somosierra, en la línea del FC Madrid-Burgos todavía inacabada— y de Serrador que incrementada con falangistas de Valladolid y Segovia conquistó el puerto de El León (posteriormente denominado de «Los Leones de Castilla» en recuerdo de la «gesta»), en la carretera N-VI, Madrid respondió con la formación de tres columnas, al mando de sendos oficiales del Ejército, Galán, Mangada y Castillo que transportadas en autobuses, camiones, coches requisados y caballerías y equipadas con un heteróclito armamento, al grito de «¡A la sierra!» se lanzaron a la montaña para despejar aquella amenaza. La lucha se prolongó durante todo el verano con inusitada ferocidad —se pasaban los heridos a cuchillo, los oficiales se veían forzados a sacar sus armas para evitar desmanes sobre hombres indefensos y el coronel Castillo en compañía de su hijo fue asesinado por los milicianos, exasperados de sus propios fracasos— para terminar donde había empezado: ni los unos lograron mejorar las posiciones que en la primera semana habían ocupado sin disparar un tiro ni los otros lograron desalojarlos de ellas y despejar la amenaza que durante toda la guerra pesaría sobre Madrid. De esa suerte se formó un frente casi estacionario que arrancando en la divisoria occidental entre Ávila y Madrid, en la Paramera, pasaba por las Navas del Marqués, Robledo de Chavela, Villanueva de la Cañada, Guadarrama y Somosierra para perderse hacia el este en las sierras de Ayllón y Majaelayo, en dirección a Aragón. Después de la caída de Toledo, el frente vino a completarse con la presencia del Ejército del Centro que avanzando por las carreteras de Andalucía y Toledo tomó posiciones en la línea Seseña, Illescas, Esquivias, Navalcarnero y Brunete, cortando la carretera de Extremadura y enlazando con el frente anterior a la altura de Quijorna. De las seis carreteras radiales que partían de la capital hacia la periferia, solamente la de Valencia permanecía totalmente en manos de la República; asimismo quedaron cortadas las comunicaciones ferroviarias por lo que, con gran alharaca propagandística el MOP se lanzó a la construcción del «ferrocarril de los 40 días» — un enlace entre Torrejón y Arganda— donde trabajó la crema de la ingeniería española, que así eludiría otros compromisos más enojosos pero no evitaría su depuración en la posguerra.



Artillería republicana en el frente de Extramadura.

A los pocos días del levantamiento se había formado en Madrid el 5.º Regimiento (cuatro eran los tradicionales de la guarnición) de inspiración comunista procedente del agente Vittorio Vidali («comandante Carlos») y al mando de Enrique Castro Delgado; con severa disciplina integraba los hombres que posteriormente ocuparían los puestos de mando del Ejército Republicano, Enrique Lister, Juan Modesto, Valentín González («El Campesino»), Pedro Checa y otros y a través de él, gracias al posterior monopolio de la ayuda soviética, se impartían y llevaban a cabo las órdenes de defensa cortocircuitando con frecuencia al Estado Mayor. El 4 de septiembre dimitió Giral y Azaña encargó el gobierno a Francisco Largo Caballero («el Lenin español») quien encabezó un «Gobierno de la Victoria» en el que entraban a formar parte, por primera vez en un país de la esfera occidental, dos comunistas, Jesús Hernández y Vicente Uribe. En gracia a la forzosa radicalización de la política del Frente Popular, gracias a la actividad del embajador soviético Rosenberg y los numerosos agentes del Komintern despachados a España y a fin de contrapesar la evidente ayuda material que Italia y Alemania prestaban a los sublevados (un avión alemán por error aterrizó en Madrid, fue requisado por las autoridades y a punto estuvo de provocar un serio incidente diplomático entre los dos países), la Unión Soviética se decidió a jugar la carta española y los pertrechos y equipos empezaron a llegar a los puertos españoles del Mediterráneo en los primeros días de septiembre, con lo que Largo Caballero pudo anunciar, con gran aparato de propaganda y no menor ingenuidad la inmediata entrada en acción de los tanques rusos que en apoyo de la República habían de detener el ataque de Franco. En efecto en los primeros días de octubre tuvo lugar un contraataque en la línea Illescas-Seseña en el que aparecieron los primeros T-26, con un cañón de 45 mm. y un blindaje superior a todo lo conocido hasta entonces, que aunque no alcanzó el éxito deseado puso en fuga a los odiados y temidos marroquíes y a punto estuvo de obligar a la columna Barrón a abandonar el campo tras un serio descalabro. Al mismo tiempo aparecieron en el cielo castellano los primeros «ratas» y «moscas» —Ilyushin I-16 y Polikarpov 15—

que diestramente utilizados por el coronel Smushkiévich (general «Douglas») obtuvieron un éxito completo al barrer del cielo a las escuadrillas de Gallarza y Moreau que de manera intermitente habían venido bombardeando Madrid y causando víctimas entre la población civil. Por primera vez el ejército rebelde se enfrentaba a una resistencia no muy organizada pero sí enérgica, dispuesta a despacharle un anticipo de su decisión de lucha y un indicio de su creciente fortaleza.

La ayuda del comunismo internacional y las organizaciones de izquierda se volcó asimismo en la recluta de voluntarios y el envío de expertos de toda clase. A través de muy distintos «comités de ayuda» los voluntarios acudían a una caja de recluta situada en París, en la Maison des Syndicats, 8 rue Mathurin-Moreau, desde donde eran despachados a España vía Barcelona para su adiestramiento en la base de Albacete organizada por André Marty, Luigi Longo («Gallo»), Louis Fischer, Giuseppe de Vittorio («Nicoletti») y otros hombres de una u otra manera ligados al Komintern. Para la organización, adiestramiento, logística, mando y operatividad de las Brigadas pasarían por España buen número de militares y expertos, comunistas o afines que adquirirían gran notoriedad en la agitada Europa de los próximos años: Togliatti, Nenni, Stepánov, Malinovski, Kóniev, Kuznetsov, Tito, Djilas, Copic, Beimler, Renn, Witringham, Dumbar, etc., configuran un espectro de la izquierda militante europea —desde el intelectual al obrero metalúrgico— que tomaría como cosa propia la guerra española y vendría a cumplir en el suelo peninsular aquel trágico compromiso político que desde la primera Guerra Mundial y la Revolución Bolchevique sacudía a Europa en un continuo crescendo. Al mismo tiempo cerca de Murcia, en Alcantarilla, André Malraux comenzó a organizar el primer escuadrón de caza, con pilotos españoles, rusos y voluntarios europeos, utilizando los primeros «Potez» y «Dewoitine» enviados por el gobierno francés en respuesta a la petición de julio. El domingo 8 de noviembre las primeras fuerzas Internacionales desfilaban por la Gran Vía de Madrid; no se trataba tan sólo de una parada política y patriótica sino de su paso para tomar posiciones en la Ciudad Universitaria. Estaban formadas por la XI Brigada, al mando de Lazar Stern («general Kléber») —formada por los batallones «Edgar André», «Commune de Paris» y «Dombrowski» (alemanes, franceses y polacos en su mayoría)— y la XII Brigada al mando de Matte Zalka («general Lukacz») compuesta por los batallones «Garibaldi», «Thälmann» y «André Marty». Entre ambas Brigadas sumaban poco más de 3.000 hombres que vinieron a incorporarse a los 30.000 que el Mando de Defensa de Madrid —a las órdenes del general Miaja, encargado de la defensa de la capital tras la salida del Gobierno el 6 de noviembre, con destino a Valencia— había alineado para oponerse a los 20.000 del Ejército de África que ya habían ocupado posiciones frente a la ciudad a lo largo de un perímetro de 15 km, desde el Cerro de los Ángeles hasta el Puente de los Franceses. La batalla se prolongó encarnizadamente hasta el 23 de noviembre en que Franco, en una reunión en Leganés con los generales Mola, Saliquet y Varela, desistió al ataque frontal a Madrid, a la ocupación de la capital y a la rápida terminación de la

campaña para transformarla en una larga guerra de desgaste, atrición y aniquilamiento. Ambas partes habían sufrido más de un 15 por ciento de bajas, cifra que de acuerdo con toda norma logística se considera un límite para mantener una actitud ofensiva. En la defensa cayeron Durruti (en circunstancias misteriosas) que desde Barcelona había llegado con una columna de anarquistas, Nino Nanetti, Hans Beimler... La participación de las Brigadas XI y XII en la defensa de Madrid supondría su glorificación internacional y aun cuando su contribución fue más moral que física el Gobierno de la República tendría que pagar un elevado precio por ello, a causa de las complicaciones de toda índole que le supuso la ayuda extranjera.



Posiciones republicanas en la Ciudad Universitaria de Madrid

El gobierno francés se había visto en tal medida sometido a la presión internacional, a consecuencia de su prometida ayuda a la República, que el 9 de agosto, ante las protestas de Madrid, hizo pública la prohibición de exportar armas a España. A sugerencia del gobierno conservador de Baldwin 26 Gobiernos se mostraron dispuestos a enviar representantes a un Comité de No Intervención (NIC), con sede en Londres bajo la presidencia de Lord Plymouth, encargado de mantener el embargo de armas y vigilar la no intervención directa en el conflicto español de las potencias firmantes del acuerdo. Gracias a la pusilanimidad de las potencias occidentales temerosas de ofender a los dictadores de Alemania e Italia y a la culpable hipocresía del secretario del Quai d'Orsay (un tal Saint-Léger, tan turbio en la diplomacia como almibarado con la pluma, futuro Premio Nobel), el Comité de No Intervención se convertiría en el organismo que imposibilitando la intervención de las potencias democráticas permitiría la abierta intervención de las totalitarias. En virtud de ello la República sólo recibiría ayuda soviética mientras la España Nacional sería asistida —en todos los niveles— por los regímenes de Roma y Berlín. Pero con

independencia de la materialidad y cuantía de tales asistencias (que han llevado a los historiadores a polémicas sin fin) mientras Roma y Berlín ayudaron a Franco sin ingerirse en sus asuntos internos y sin poner nunca en entredicho su capitanía —sin otras excepciones que pequeños casos de indisciplina, como el del conde Rossi en Mallorca, o de limitada autonomía, como la del general Sperrle al bombardear Guernica «sin necesidad de autorización» del mando español—, la Unión Soviética a través de sus mandos y expertos mantuvo siempre su ayuda condicionada al cumplimiento de ciertos requisitos políticos o militares que fueran o no del agrado del Gobierno de Valencia, no hacían sino minar su autoridad y provocar la desunión de las fuerzas republicanas. Pese a que desde los primeros días del Alzamiento la República tenía ganada la opinión internacional del llamado mundo libre lo cierto es que internacionalmente se vio moralmente bloqueada por Inglaterra y EE.UU., desasistida por las potencias democráticas y ayudada tan solo por la Unión Soviética, que miraba ante todo por la supremacía del Partido Comunista y dispuesta a sacrificarla en cualquier momento, a tenor de su complicada estrategia europea.

## La tregua de invierno

La decisión de Leganés del 23 de noviembre vino a suponer un cambio en la lucha tan radical que sólo a partir de la batalla de Madrid se puede hablar con propiedad de una «guerra» organizada, que por ambas partes antes de esa fecha se trató de eludir mediante una eliminación del adversario llevada a cabo por las armas pero no por los métodos bélicos. Tras aquel combate los dos adversarios comprendieron que no podían hacer mucho más, disponiéndose uno a preparar el siguiente golpe, el otro a recibirlo. La dimisión de Giral y la energía desplegada por el «Gobierno de la Victoria» de Largo Caballero, acumulando reservas para una larga campaña y decidido a crear el ejército que le faltaba, convenció a los generales rebeldes de la necesidad de orientar su revolución hacia la creación de un Estado en pie de guerra con la República. En aquellos días de septiembre, teniendo Franco en Cáceres el CG del Ejército del Centro, sus consejeros políticos —su hermano Nicolás y el general del Aire Alfredo Kindelán, por encima de cualesquiera otros— se preocupaban ya de organizar el mando de todas las fuerzas «nacionales», vacante tras la muerte de Sanjurjo. En principio se trataba de un problema puramente técnico y jerárquico —carente de todo contenido político— pues era evidente que la coordinación de las operaciones militares exigía la creación de un mando único para los tres Ejércitos en marcha. Probablemente ninguno de los generales que se alzaron lo hicieron pensando en aquella capitanía y Mola —el hombre más calificado para ello por haber sido el organizador del 18 de julio—, aparte de su carácter enigmático y reservado, por su temporal asociación con los carlistas navarros y su pasado republicano no gozaba de la absoluta confianza de la gran mayoría de oficiales monárquicos. En tales circunstancias todo señalaba a Franco para aquel puesto: su reconocido prestigio, su fama de hombre prudente y políticamente neutro, su posición central, los mayores efectivos de su ejército y el éxito del cruce del Estrecho y el avance sobre Extremadura constituían bazas más fuertes que la organización de la conjura. El 28 de septiembre, Kindelán, Mola, Cabanellas, Queipo, Saliquet, Yagüe, Orgaz y otros volaron al aeropuerto de Salamanca para la constitución de aquella «junta» que —sacada de los modelos decimonónicos— asumiría la administración del estado embrionario y establecería sin equívocos la organización y jerarquía del Ejército. Con antelación Nicolás Franco había preparado una multitud que a la llegada de Franco había de saludarle como «Generalísimo». En la reunión Kindelán leyó —ante la sorpresa de varios— la propuesta de un decreto confirmándole en tal título y con la anuencia de unos, las reservas de otros, se aceptó la publicación en un par de días del decreto con el nombramiento de Franco como «Jefe del Gobierno del Estado español». Sin embargo, cuando los más recalcitrantes llegaron a sus bases —Mola a Pamplona, Cabanellas a Zaragoza y Queipo a Sevilla— se encontraron con el decreto publicado; un propio enviado en moto especialmente por Nicolás Franco no sólo anticipó la fecha de salida sino que —en la misma imprenta— eliminó del texto

las dos palabras *del Gobierno* para convertir a Franco en «Jefe del Estado» sin que tal modificación —aparentemente— levantase ninguna clase de protestas públicas por parte de los defraudados. Si se considera que entonces dominaban otras preocupaciones más urgentes y que todos los interesados se imponían como primer deber ineludible la disciplina ante la mayor jerarquía militar, se comprenderá que ninguno de ellos interpusiera acción alguna contra aquel verdadero golpe de Estado que más de un historiador ha calificado como el «18 de Brumario» de la España contemporánea. De esta suerte, en Burgos el 1 de octubre Franco fue «exaltado» a la Jefatura del Estado, constituyéndose una Junta administrativa que con sede en aquella capital y presidida por el general Dávila con Nicolás Franco como Secretario General, se encargaría de la administración del mismo. Asimismo Franco era nombrado «Generalísimo» de los tres Ejércitos —Tierra, Mar y Aire— y retendría la jefatura del ejército del Centro cuyo Cuartel General y Jefatura de Operaciones —bajo el mando del general Varela— pasaría de Cáceres a Salamanca. El nuevo Estado quedaba creado, con hombres fieles y devotos a Franco en los puestos clave, los dos triunviros alejados de sus feudos —de importancia militar muy secundaria— y Cabanellas relegado al puesto casi honorífico de Inspector General del Ejército.

Ahora era llegado el momento de robustecer el nuevo Estado, tanto interior como exteriormente, y prepararlo para una larga lucha. Se había acordado que Italia y Alemania reconocerían la Junta de Burgos como Estado español en cuanto sus fuerzas ocuparan Madrid pero ante la resistencia de la capital, Roma y Berlín rompieron sus relaciones con el Gobierno de Valencia el 18 de noviembre —cinco días antes de la decisión de Leganés— a fin de tener las manos libres para prestar su ayuda a Franco. El 29 de noviembre se firmaba un protocolo entre Burgos y Roma en virtud del cual Franco se comprometía a conducir su futura política mediterránea en consonancia con los intereses italianos y a cambio de ayuda no especificada otorgaba a Italia importantes concesiones industriales, comerciales y económicas. Por su parte, el encargado de negocios alemán en Salamanca, el general de reserva Von Faupel, urgía a Berlín el envío de contingentes regulares de infantería alemana para contrarrestar la amenaza de una «verosímil victoria roja» en el invierno. En Berlín existían posiciones antagonistas respecto al caso español: mientras Göring era partidario de una acción alemana directa e inmediata que diera por terminado el conflicto en pocas semanas con la victoria de la Junta, el ministro de Asuntos Exteriores Von Neurath consideraba inadmisibles cualquier intervención de su país por fuera del marco creado por el Comité de No Intervención y del embargo de armas aceptado por todas las potencias en el pasado agosto. Pero por otra parte los grandes responsables del ejército alemán —los generales Blomberg y Reichenau y el gran experto en blindados, Guderian, quien había acertado a inducir en el ánimo de Hitler un extremado interés por la nueva arma— no deseaban otra cosa que contar con un campo real de experiencias donde practicar nuevas tácticas y entrenar los cuerpos especiales creados a partir de 1935 tras la denuncia del tratado de Versalles. En

septiembre de 1936 el teniente coronel Ritter von Thoma fue encargado de formar un contingente de unos 600 hombres con unos 50 tanques ligeros «Krupp Mk 1» para operar en España en funciones de adiestramiento y apoyo. La unidad, embarcada en Stettin fue despachada a Sevilla, a través del Canal de la Mancha, a lo largo de octubre y pudo llegar a operar en los alrededores de Madrid en los combates de noviembre. Aun cuando logró pautar unos cuantos éxitos, la evidente superioridad de los tanques rusos y el nuevo cariz que tomaba la guerra a consecuencia del frenazo de Madrid indujo al principal observador militar alemán en España, el general Warlimont, a presionar en Berlín en busca de un sustantivo incremento de la ayuda bélica. El 30 de octubre el ministro von Neurath firmaba el documento en el que se especificaban las condiciones que habían de regir para la conducta de la Legión Cóndor que bajo el mando del general Hugo Sperr le fue enviada a España en sucesivos fletes. Constaba esencialmente de unidades blindadas —bajo el mando de von Thoma—, artillería antitanque y antiaérea —equipada con el famoso cañón de 88 mm., el mejor de la guerra—, cuatro escuadrones de bombarderos Ju 52, otras tantas unidades de cazas He 51 —pronto sustituidos por los famosos Me 109— y el equipo auxiliar para la instrucción, el mantenimiento y las reparaciones. En total, unos 7.000 hombres, entre los cuales figuraron algunos que llegaron a ser tan famosos como von Richtofen, von Thoma, von der Planitz, Molders, Galland... También llegaban a España, mientras tanto los «voluntarios» de Mussolini que bajo el mando del general Mario Roatta («Mancini») quedaban encuadrados en el CTV (Corpo Truppe Volontarie) y acantonados en el sur de España para una futura ofensiva en aquel sector. Parece ser que buen número de voluntarios embarcaban en Italia engañados sobre su punto de destino y pocos eran los que sospechaban que habían de sufrir el bautismo de fuego. Hacia finales de año los italianos —en unidades regulares y vistiendo su propio uniforme— sumaban más de 20.000 hombres y a mediados de 1937, tras la derrota de Guadalajara, su número ascendía a 50.000.

En el lado republicano no fueron menos los preparativos bélicos durante aquel invierno. Además de la reorganización de las XI y XII Brigadas Internacionales, duramente castigadas en la defensa de Madrid, en Albacete se formaban las XIII y XIV, la primera bajo el mando del coronel Zeisser («general Gómez») constituida por tres batallones (entre ellos el famoso Chapaiev o «de las 21 naciones») y una agrupación de artillería mixta, y la segunda, al mando del polaco Swierczewski («general Walter»), con efectivos equivalentes, que jugaría un importante papel en la inminente batalla del Jarama. A principios de diciembre, conjurado el peligro de Madrid y estabilizado el frente, se fue imponiendo el criterio de Indalecio Prieto, ministro de Marina y Aire, para la creación de un Ejército regular estructurado en brigadas mixtas y el 20 de diciembre quedó disuelto el 5.º Regimiento de Milicias Regulares, debiendo pasar sus 50.000 hombres a formar parte de aquel. Asimismo la Generalitat de Cataluña publicó, venciendo una gran oposición anarquista, en su *Diari Oficial* un decreto por el que creaba su propio ejército, formado por doce

regimientos y varios grupos auxiliares. En el norte, el presidente Aguirre crearía el Ejército vasco, al mando del general Gámir Ulíbarri, con cierta autonomía dentro del ejército de Asturias y Santander, al mando del general Llano de la Encomienda. Las medidas de Prieto pronto se hicieron sentir y al finalizar el año, al menos en el papel, existía un ejército de unos 100.000 hombres que aun cuando no aceptaran la jerarquía política del Gobierno al menos habían condescendido a formar parte del cuadro bélico centralizado que se debía oponer, de poder a poder, con el ejército insurgente.

El año se cerraba con la división de España en dos bandos irreconciliables, dispuestos a la lucha a ultranza, decidido cada uno a terminar con su adversario sin concederle ninguna clase de tregua ni cuartel. La escisión alcanzaría a todos sin excepción y hasta los niños tuvieron que tomar partido. Incluso aquellos que quisieron desentenderse del conflicto y eligieron precozmente el exilio lo hicieron a sabiendas de que ya no contarían, por la duración de su vida, con el país que habían esperado. La alta burguesía —naturalmente— se decidió por Franco y la intelectualidad —que había saludado el triunfo de la República como cosa propia— le volvió las espaldas aun cuando mirara con recelo —cuando no con repugnancia— la revolución proletaria. Cundieron las represalias de todo orden; los «paseos» estaban a la orden del día. En Granada fue fusilado García Lorca, por elementos de derechas en connivencia con el Gobierno Civil. En una imprudente declaración en Ávila a periodistas extranjeros, afirmó Mola —acuñando una expresión que pasaría a todas las lenguas— que aun cuando eran cuatro las columnas que avanzaban sobre Madrid, una «quinta columna» —la de los clandestinos partidarios del alzamiento— sería la que habría de tomar la ciudad. Ello bastó para que en la capital se desencadenara el terror rojo, con asaltos a casas de refugiados y legaciones extranjeras, ejecuciones sumarias al amanecer, establecimiento de chekas y policías paralelas e independientes, de cualquier filiación. En la zona nacional a los liberales, republicanos y hombres reconocidos de izquierdas no se les ofrecía otra opción que el paredón. El 19 de noviembre fue fusilado en la cárcel de Alicante José Antonio Primo de Rivera, tras inútiles tentativas de Prieto por canjearlo o, incluso, soltarlo en paracaídas en la zona nacional; en Burgos no se hizo pública la noticia y durante toda la guerra se le llamó «el Ausente», en un esfuerzo muy del estilo falangista para mitificar su figura. El 12 de octubre en un acto en Salamanca para celebrar el Día de la Raza, Unamuno afeó a los generales —representados por el general Millán Astray, fundador de la Legión, un inválido por heridas de campaña recibidas en África de manera casi casual— su voluntad de vencer por la fuerza y su incapacidad para convencer. El último día del año moría Unamuno confinado en su casa de Salamanca, junto a su chimenea; era un hombre destruido, que había perdido toda esperanza. Un ataque al corazón lo derribó mientras dormía, ajeno al fuego que se apoderaba poco a poco de sus zapatillas y perneras.

## La belicosa primavera del 37

Debido a sus dificultades internas, el gobierno de la República, aun cuando contara con un ejército suficientemente pertrechado, no había tenido tiempo de elaborar planes ofensivos de gran alcance para la primavera, limitándose a preparar ciertas acciones de alivio en los frentes de Aragón y Madrid. Por el contrario, el ejército «nacional» se hallaba dispuesto para llevar a cabo tres ofensivas de largas miras cuyos objetivos, una vez alcanzados, le habían de suponer una notable consolidación territorial, una apropiación de reservas de todo orden y un fuerte respaldo para hacer frente a cualquier reacción de sus adversarios. Cronológicamente la primera de estas acciones consistiría en la ocupación de Málaga y de la extensa banda de litoral mediterráneo que corriendo entre esta capital y Estepona, seguía en manos republicanas. La principal finalidad estratégica de esta acción residía en la captura del puerto de Málaga, único del Mediterráneo a menos de 100 km de las líneas propias, que permitiría el desembarco de los pertrechos italianos sin tener que pasar por el estrecho, siempre baja la amenaza de las unidades de superficie republicanas con base en Cartagena. Pero por otra parte, además de activar al perezoso Ejército del Sur se intentaba dar una satisfacción a los impacientes italianos del CTV ansiosos de poder ofrecer a su Duce el trofeo que con tanta urgencia reclamaba. El Ejército del Sur, al mando del coronel Francisco María de Borbón, duque de Sevilla, se concentró frente a Estepona e inició su marcha el 17 de enero para progresar en dirección noreste por la carretera de la costa mientras los Camisas Negras de Roatta, distribuidos al norte de la capital entre Colmenar, Loja y Antequera, equipados con tanques ligeros y motorizados hasta un grado hasta entonces desconocido en nuestro país, impedían la salida por aquella zona ante la presión en el oeste. Era la conocida técnica del tubo dentífrico; bloqueados y cañoneados desde el mar —por los cruceros *Canarias* y *Baleares* bajo la elegante sombrilla del acorazado alemán *Graf Spee*, el del humillante final en Montevideo—, cerrados por el norte y alanceados por el oeste, no quedaría a los defensores de Málaga otra opción que la defensa a ultranza o el pánico y la huida por la larga y tortuosa carretera de Almería. Sin embargo el avance de Borbón no fue tan rápido como esperaba y el 3 de febrero atacó Roatta; el 6 se libró una sangrienta y desigual batalla en las Ventas de Zafarraya, entre milicianos armados con escopetas —auxiliados por alguna pasada de los aviones de Maïraux— y tanquetas italianas a partir de la cual cundió el pánico; tan solo le bastaba a Roatta descender las escarpadas laderas de la subbética para llegar el día 7 a los suburbios de una devastada y horrorizada ciudad que aún había de conocer, con la entrada de los españoles sus peores momentos. Se ha afirmado que solo en la primera semana tras la ocupación fueron pasadas por las armas más de 4.000 personas.

La primera consecuencia política de la pérdida de Málaga fue la destitución de Asensio, la mejor cabeza militar de la República, como subsecretario de Defensa,

exigida por los comunistas que en su lucha por el poder conseguían privar a Largo Caballero de uno de sus más firmes apoyos pues el general había sido el brazo ejecutor de la reforma del ejército republicano iniciada en el pasado octubre.

El mismo día 7 de febrero comenzó la ofensiva nacionalista —preparada por el general Orgaz— al sur de Madrid y que había de desembocar en la famosa batalla del Jarama, en el mismo escenario del primer contraataque republicano de septiembre. La ofensiva tenía por objeto, en esencia, cortar la carretera N-III de Madrid a Valencia a fin de privar a la capital de su último enlace de primera categoría y completar un cerco que hasta entonces se había demostrado insuficiente para estrangularla. No es posible presumir ahora cuál habría sido la suerte de la capital de haber tenido pleno éxito la ofensiva de Orgaz pero lo cierto es que el ataque no se planeó para la conquista indirecta de la ciudad sino tan solo para hacer más difícil su situación, y tal vez con la vista puesta en los resultados conseguidos en Málaga. La batalla de Guadalajara librada muy pocos días después demostrará con un argumento muy distinto que el Mando nacional debía considerar prematura la conquista de Madrid y que en sus cálculos no entraba la posibilidad de vencer al adversario y concluir la contienda sin extenuarlo totalmente. Por otra parte la batalla del Jarama vino a poner de manifiesto, en el ámbito local, lo que en lo sucesivo constituiría un principio permanente de la estrategia nacional en el ámbito total: la elección del camino indirecto y el ataque de flanco, con gran capacidad de maniobra, en busca del punto débil del adversario y el aprovechamiento de su desequilibrio local. Si esta, según la mayoría de los expertos, es la gran lección de la estrategia de todos los tiempos —acomodada a cada época y cada circunstancia— es porque en general las grandes lecciones bélicas las suministran las acciones entre dos ejércitos igualmente potentes que, en general, han de rehuir el choque frontal si no quieren verse de entrada sometidos a un desgaste y un castigo cuyas consecuencias el mejor estratega no será capaz de prever. Toda victoria es consecuencia siempre de una superioridad —sea de la índole que sea— y lo más frecuente es que tal superioridad radique en la mayor potencia y fortaleza física; así pues, el mayor ingenio estratégico será aquel que partiendo de una inferioridad o cuanto menos una paridad global logre en un punto de concentración una superioridad local que desequilibre y desorganice al adversario; que permita ulteriormente explotar y extender aquella superioridad a todos los puntos del encuentro y que, en definitiva, sepa transformar la ventaja táctica en una victoria estratégica. De ese carácter han sido todas las victorias de los grandes de la guerra y no otro ha sido —en diversas modalidades— el legado de Epaminondas, Aníbal, Belisario, Gustavo Adolfo, Turena, Nelson, Rommel o Wingate. Todo conocedor de la Guerra Civil española ha de convenir que a partir de la primavera de 1937, y hasta el fin de la contienda, todos los encuentros de importancia vienen timbrados por una cara —y a veces abrumadora— superioridad nacional y que su desenlace —favorable siempre, sin excepción, a la causa del más fuerte— jamás es explotado hasta sus últimas consecuencias. En una guerra entre extraños —y sobre todo en una

conflagración moderna— rara vez una parte busca el exterminio de la otra, conformándose con una paz negociada que le rinda los frutos que no pudo alcanzar con la política no bélica. Los países se necesitan unos a otros y todos —de una u otra manera— admiten su convivencia; es la modificación del estatuto de esa convivencia lo que puede introducir un *casus belli*, pero nunca la convivencia en sí. No siendo ese el caso de los españoles que se lanzaron a la guerra por no admitir la existencia del otro y dispuestos, por ende, a suprimirla por la fuerza de las armas, nada tiene de extraño que el espíritu que animó la actitud guerrera —que rehuía la victoria si no venía acompañada del exterminio— tenía que traducirse militarmente en una serie de campañas de insólitas y ambiguas características.

La noche del 6 de febrero el ejército de Varela, bajo la alta supervisión de Orgaz, atacó en un frente que se extendía desde Vaciamadrid a San Martín de la Vega, con objeto de cruzar el Jarama, consolidar una cabeza de puente en su margen izquierda y cortar la carretera de Valencia. La masa de maniobra incluía unos 40.000 hombres distribuidos en cinco Brigadas mandadas por los coroneles Rada, Sáenz de Buruaga, Barrón, Asensio y García Escámez, unas 30 baterías y 3 regimientos de carros. El sector republicano se hallaba defendido por una fuerte agrupación del Ejército del Centro entonces al mando del general Pozas, que comprendía varias brigadas gubernamentales, apoyadas por las XI y XII Internacionales. Aun con los golpes de mano iniciales con que los marroquíes se apoderaron del puente del Pindoque y Rada del vértice de La Marañososa, el ataque no supuso una sorpresa táctica y pronto ambos ejércitos se vieron envueltos en toda la línea, con toda la fuerza de sus efectivos. La ofensiva nacional se prolongó hasta el 15 habiendo alcanzado una penetración máxima de 15 km, cortando la carretera de Chinchón, colocando la bandera bicolor en la cima del Pingarrón y llegando a tiro de fusil del puente de Arganda a pesar de la enconada resistencia del adversario. El 17 se produjo el esperado contraataque republicano movilizandoo una masa de 14 brigadas distribuidas en cuatro divisiones al mando de Swierczewski («Walter»), Gal (un interbrigadista probablemente húngaro, bastante incompetente y enigmático, cuya personalidad continúa siendo un misterio), Líster —secundado por Rodión Malinovski («Malinó»), futuro héroe de la Segunda Guerra Mundial y ministro soviético de Defensa— y Güemes. Gracias a «Douglas» los gubernamentales se habían adueñado del cielo y de nuevo los T-26 se mostrarían muy superiores a los Krupp pero los furiosos ataques no conseguirían desalojar a los nacionales de la Marañososa ni el Pingarrón. Los internacionales sufrieron terribles pérdidas; aun cuando ningún batallón contaría más de 300 supervivientes —de un efectivo inicial de 600— el British, el Lincoln, el André Marty, el Thälmann y el Dombrowski quedarían reducidos a unos 120 hombres. El día 27, tras 16 jornadas de combates ininterrumpidas, exhaustos ambos ejércitos —contabilizando unas 20.000 bajas cada uno— suspendieron el fuego a todo lo largo de un frente que ya no se movería por el resto de la guerra. Ambos bandos reclamarían para sí la victoria que, en verdad, no fue para ninguno de los dos.



Convoy italiano en la Batalla de Guadalajara

Enardecidos los italianos por sus triunfos en Málaga, aspiraban a una victoria de carácter definitivo y —tras abandonar la idea de un desembarco en Valencia— lograron que Franco les autorizase a organizar un ataque a Madrid por el noreste, con participación de unos 15.000 españoles al mando de Moscardó, acantonados entre Sigüenza y Hiendelaencina. Al mando del general Roatta los italianos del CTV («¿Cuando Te Vas?») quedaban agrupados en las divisiones Llamas Negras (Coppi), Camisas Negras (Rossi), Flechas Negras (Nuvolari) y Littorio (Bergonzoli, el aparatoso general apodado *barba elettrica*, responsable de la vergonzosa derrota de Cirenaica, ante Wavell), equipados con 2.000 ametralladoras, 250 cañones, 150 tanques ligeros y autos blindados, 5.000 camiones y unos 120 aviones de combate de la aviación legionaria, con el famoso Ettore Mutti, el prototipo del héroe fascista. Partiendo de dos puntos distintos, el primero en la carretera de Soria, en las proximidades de Jadraque, y el segundo en Algora, en la de Barcelona, el ataque se proponía un *blitz* por ambas vías para dislocar el frente enemigo hasta alcanzar Brihuega y desde este último punto converger en un tridente hacia Guadalajara para desde esta capital avanzar sobre Madrid en lo que se suponía sería un paseo final de 50 km. Si se tiene en cuenta que el sector republicano se hallaba defendido tan sólo por la XII División de Infantería al mando del coronel Lacalle, con 10.000 hombres, 85 ametralladoras y 15 piezas de artillería, mientras el resto de las fuerzas de Miaja apenas se habían recuperado de la embestida del Jarama, se comprende que los italianos no considerasen una fanfarronada su pronóstico de desfilar por las calles de Madrid el 15 de marzo, cantando el «Giovinezza» tras una exclusiva victoria italiana que podría rematarse con la coronación del duque de Aosta como rey de España. El

ataque se inició el día 8 de madrugada lo que, pese a las numerosas afirmaciones en sentido opuesto, supone una tal falta de coordinación con la ofensiva del Jarama que obliga a pensar que por parte del Mando nacional nada se deseaba menos que un triunfo de sus aliados; no cabe duda de que de haberse realizado los dos ataques con simultaneidad y unidad de propósitos, Madrid habría caído ineluctablemente ya que en esencia fueron las mismas unidades republicanas las que —hasta el límite de sus fuerzas— lograron parar ambos golpes uno tras otro. En dos días los italianos rompieron el frente, alcanzaron Brihuega, y los alrededores de Trijueque a menos de 20 km de Guadalajara, y todo parecía preludiar la catástrofe cuando, in extremis, el mando republicano del sector fue confiado al teniente coronel de Artillería Enrique Jurado y despachadas desde el frente del Jarama —por las carreteras que circundan Madrid, algunas tras marchas nocturnas de 20 km— la II División de Líster, la XII Internacional de Lukacz —con el famoso batallón Garibaldi que se enfrentaría a sus compatriotas en los combates de los palacios de Ibarra—, la 14.<sup>a</sup> División de Cipriano Mera y la Brigada 72, acompañada de la XV Internacional (Copic) para cubrir todo el flanco derecho. En conjunto, y de la noche a la mañana surgió de la nada el IV Cuerpo de Ejército que a las órdenes de Jurado alineaba 30.000 hombres curtidos, dotados con 400 ametralladoras, 50 piezas de campaña, 60 carros de combate y el apoyo aéreo de toda la fuerza aérea de Smushkiévich con base en los aeródromos de Madrid. El tiempo había empeorado, se habían producido grandes temporales de lluvia, excepto las carreteras asfaltadas todos los caminos de la región se hicieron difícilmente transitables y en contraste con la fuerza de «Douglas», la aviación legionaria ni siquiera podía despegar de sus pistas de tierra. Se diría que por una vez el clima se mostró republicano. El día 11 los italianos quedaban detenidos y el día 12, lanzándose El Campesino y sus dinamiteros contra Trijueque, se iniciaba el contraataque republicano cuya punta de lanza la constituiría el avance de Mera por el alto Tajuña hasta reconquistar Brihuega, batiendo a Coppi y Rossi, mientras Líster avanzaba por la carretera de Barcelona hasta lograr el total descalabro del CTV ante la impavidez de los españoles que situados en las laderas septentrionales que dominan La Alcarria no movieron un dedo por venir en socorro de sus amigos; Mussolini —furioso— se quejaría posteriormente de que los españoles no habían disparado un tiro en los días decisivos. En el campo de batalla dejaban los italianos 2.000 cadáveres, 1.200 prisioneros y un botín de 70 cañones, 500 ametralladoras, 3.000 fusiles, 10 tanques, 200 camiones —aquellos SPA con que El Campesino haría su guerra— y cinco millones de cartuchos, sin contar con —tal vez lo más valioso de todo— la baza propagandística que la República —con ayuda de Koltsov, Ehrenburg, Hemingway, Dos Passos, Spender— supo explotar hasta la saciedad. No parece que en el bando nacional el revés fuera recibido con gran consternación: en su CG de Valdemoro, cuando se tuvo cabal noticia del desastre, Monasterio invitó a cenar a altos oficiales —de coronel para arriba— del frente de Madrid y a los postres, con gran algazara, se brindó por el triunfo español «fuera del color que fuera».

Por su parte el ejército del Norte inició su campaña de Vizcaya el 31 de marzo; las fuerzas de Mola, mandadas por el general Solchaga con Vigón al frente de su EM, sumaban unos 60.000 hombres, agrupados en seis brigadas navarras (García-Valiño, Cayuela, Latorre, Alonso Vega, Bautista Sánchez y Bartomeu) y dos italianas (Rossi y Nuvolari) —recompuestas en Palencia tras lo de Guadalajara— intercaladas entre aquellas. Contaba con 50 baterías y el apoyo aéreo de los tres grupos de combate español (Gallarza), italiano (Bernasconi) y alemán (Sperrle), totalizando 120 aviones. Las fuerzas de Llano de la Encomienda apenas alcanzaban a 50.000 hombres con unas 20 baterías, 12 carros y 25 aviones anticuados. Y por si fuera poco no sólo Moreno llevó a cabo el bloqueo por mar —que sólo unos cuantos intrépidos capitanes de cabotaje intentaron y a veces acertaron a romper— sino que se pasó al bando de Mola el ingeniero Goicoechea, futuro proyectista del tren Talgo, con los planos de las líneas de fortificaciones —el cacareado «Cinturón de Hierro»— que a lo largo de 70 km envolvían toda la ría del Nervión, hasta ambos lados de la costa, una pequeña Maginot tan fantasmal y expugnable como su meretricio modelo. En tales condiciones —y sin otra ayuda del resto del territorio republicano que unas esporádicas pasadas de los aviones de «Douglas», obligados para ello a atravesar 300 km de territorio enemigo— era de esperar que la primera parte de la ofensiva, la conquista de Bilbao, quedara concluida en un par de semanas. El ataque comenzó casi en el límite entre Guipúzcoa y Vizcaya, en direcciones norte y este pero tanto en Ochandiano como en las peñas de Ambote y alrededores de Durango los vascos ofrecieron una tenaz e inesperada resistencia que de tal manera despedía un inequívoco olor a holocausto que varios embajadores extranjeros trataron de negociar una paz para Euzkadi. El asunto también lo tomó de su mano el inevitable Pacelli (futuro Pio XII) quien escribió a Aguirre una carta en términos conciliatorios, para persuadirle a que se aviniera a una paz... pero el tan hábil religioso como devoto diplomático envió la carta a Valencia a cuyo recibo el Gobierno de la República —reunido en secreto con excepción del miembro vasco— creyó que Euzkadi negociaba una paz separada, creando un malentendido entre ambos gobiernos que prevalecería durante muchos años. En esta angustiada situación, los ejércitos de la República ensayaron dos operaciones de alivio, la primera contra Huesca llevada a cabo por el general Pozas con el ejército de Aragón apoyado por la XII Internacional y la segunda (narrada con su habitual falta de gracia y rigor por Hemingway en *Por quien doblan las campanas*) contra Segovia por la línea Navacerrada-Valsaín-La Granja pero ambas fueron detenidas por los nacionales sin tener que recurrir a fuerzas ajenas a su respectivo sector.

## La lucha política en ambos bandos

A principios de abril tuvo lugar en Valencia una reunión del Comité Central del Partido Comunista Español —compuesto entre otros por Díaz, Hernández, Ibárruri, Uribe y Mije— a la que asistieron en calidad de invitados notorias personalidades del Komintern de servicio en España: Marty, Togliatti, Codovilla, Vidali, Gerö —el máximo hombre del Partido en Cataluña— Orlov —responsable de la NKVD—, Antónov-Ovseenko —el veterano del Palacio de Invierno de Leningrado, amigo personal de Lenin—, Gaikins —el sucesor del embajador Rosenberg— y otros. En el curso de la reunión —que revestiría una importancia trascendental para las próximas crisis— Togliatti solicitó sin reparos la ejecución de un plan tendente a derribar a Largo Caballero —juzgado incapaz para conducir la guerra— y procurar su sustitución por un hombre más dócil al Partido. Díaz y Hernández, este último como miembro del Gabinete, se opusieron a la propuesta lo que provocó una tormentosa sesión en la que al parecer se oyeron las primeras voces cismáticas de un comunismo nacional respecto a Moscú y que fueron acalladas por un estallido de histeria de la Ibárruri, siempre adicta a Stalin. Sometida una propuesta a votación, Díaz y Hernández no sólo fueron arrollados sino —como es norma para los disciplinantes— encargados de personalizar y llevar a cabo la crisis del Gabinete español. Por aquel tiempo la prensa comunista aprovechaba sus ataques a la CNT y FAI —acusándolas de jugar a la revolución en lugar de hacer la guerra— para inducir un estado de malestar respecto a Largo Caballero, sensiblemente debilitado tras la caída de Asensio. Entretanto en Barcelona la escisión entre los anarquistas y el gobierno de la Generalitat había ido en aumento y el 1 de Mayo se celebró en silencio, sin demostraciones públicas ni desfiles, en virtud de un acuerdo entre la CNT y UGT a fin de evitar posibles desórdenes callejeros; pero el día 3 al personarse el jefe de la Policía. Rodríguez Salas, en la Telefónica —regida y controlada por los cenetistas y «amigos de Durruti»— con tres camiones de «asaltos» fue recibido con fuego de ametralladora. El incidente dio lugar a cinco jornadas de luchas callejeras que habían de causar 1.500 bajas —entre ellos los anarquistas Berneri, Martínez y Rodríguez y el socialista Antonio Sesé, secretario general de la UGT catalana— y sólo concluirían cuando el gobierno de Valencia despachó a Barcelona al general Pozas con 4.000 «asaltos» y una agrupación naval formada por el acorazado *Jaime I* y los cruceros *Libertad* y *Méndez Núñez* cuyas torres llegaron a enfilear a algunos edificios de la ciudad. Tales disturbios conducirían a la postre a la crisis que había de provocar la caída de Largo. El 15 de mayo, en una reunión del Gabinete, Hernández y Uribe propusieron la disolución del POUM —el partido trotskista que atesoraba en aquellas fechas todo el encono de Stalin y de todos los PC— pero Largo, que en cuanto socialista se negó a consumir la liquidación de un partido proletario, sólo tuvo el apoyo de los ministros anarquistas —José García Oliver y Federica Montseny— siendo abandonado por todos los demás. La crisis era una realidad; Largo presentó su

dimisión el 16 de mayo y Azaña designó a Juan Negrín para presidir un nuevo Gabinete en el que figuraban otra vez Prieto como ministro de Defensa, Giral en Asuntos Exteriores, Giner de los Ríos, Zugazagoitia, los comunistas Hernández y Uribe, el catalán Ayguadé y el vasco Irujo.

Negrín llegó a la jefatura del Gobierno —desde el ministerio de Hacienda— por una indirecta imposición de la Unión Soviética que una vez más condicionó el mantenimiento de su ayuda al cumplimiento de sus propósitos. Y sin embargo, pese a lo que tantas veces han afirmado sus adversarios políticos de toda índole, Negrín no fue «el hombre de Moscú». Es más, a lo largo de su Gobierno los comunistas no ensancharon el terreno que habían ganado durante la jefatura de Largo Caballero y en más de una ocasión —aparte de expulsar de su despacho al *chargé* soviético con cajas destempladas— estuvo a punto de romper con la Unión Soviética. Socialista convencido, no era —a diferencia de Largo— ni un dogmático ni un puro; hombre rico, glotón, mujeriego, dotado de una energía arrolladora (podía trabajar sin conocer reposo durante cuatro días con sus noches sin mostrar los menores síntomas de fatiga), y de una contagiosa confianza en sí mismo pronto comprendió que ningún problema podía anteponerse a victoria bélica y que esta, a la vista de las circunstancias internacionales, sólo se podía conseguir gracias a la ayuda soviética y el apoyo de la izquierda internacional; y dentro del pesimismo que ya embargaba a los hombres más destacados y penetrantes de su equipo, supo inocularles la necesaria sobredosis de estoicismo y perseverancia como para resistir los terribles golpes que se avecinaban. Su primer encontronazo con los comunistas fue provocado por el tenebroso «asunto Nin», máximo dirigente del POUM, misteriosamente desaparecido cuando los comunistas de Barcelona —dirigidos por Gerö y Antónov-Ovseenko— clausuraron el CG de aquel partido emplazado en el Hotel Falcón, para convertirlo en prisión y cheka de los propios trotskistas. Por aquellas fechas se habían iniciado ya las terribles purgas de Moscú, el proceso de depuración del «bloque de derechistas y trotskistas antisoviéticos» y el fusilamiento del mariscal Tujachevski y de varios generales acusados de conspiración contra el régimen de Stalin. Las noticias de la desaparición de Andrés Nin pronto llegaron al Gobierno que se dirigió a los miembros comunistas en busca de una satisfacción. «¿Dónde está Nin?» era la pregunta que se hacía toda la opinión no comunista, nacional y extranjera, soliviantada por la maniobra y la indigna acusación al POUM de conspirar a favor del fascismo. Hernández y Díaz, furiosos, eran incapaces de contestarla por ignorar los manejos de Orlov y sus muchachos de la NKVD. Actuando por su cuenta, Orlov tras secuestrar a Nin lo había encerrado en el sótano de un cuartel de Alcalá de Henares para interrogarlo personalmente; pero su resistencia a la tortura y su negativa a proporcionarle listas de trotskistas llegó a exasperarle de tal manera que decidió liquidarlo por miedo a las represalias de su superior en Moscú, Yezhov. No se le ocurrió otra cosa que imaginar un «rescate» llevado a cabo por un comando alemán de las Brigadas, supuestamente nazi, que lo liquidó en un arrabal de Madrid y

probablemente lo enterró en un jardincillo interior del palacio de El Pardo. (Considere el lector el destino de unos huesos conmovidos bajo las pisadas de aquel otro decidido antistalinista, cuando por allí paseara en sus ratos su ocio). Como sujetos a una maldición —el silencio de Nin— los muchachos de Orlov irían apareciendo en semanas sucesivas por las cunetas de Madrid, con un tiro en la nuca o un cargador en la barriga. Cuando a Orlov le llegó la orden de regresar a la Unión Soviética, no lo dudó: partió de incógnito en un barco para reaparecer en Canadá. El asunto había revestido la importancia y gravedad necesarias como para provocar una ruptura definitiva de las relaciones con la Unión Soviética. El hecho de que los amargados republicanos españoles —incluso Díaz, Hernández y Uribe— se tuvieran que tragar la píldora indica hasta qué punto la incompetencia del Comité de No Intervención les había arrojado en brazos de una potencia que —entrometiéndose en su política de manera tan siniestra— tampoco supo apartarles del camino de la derrota.

Otro acontecimiento vino a demostrar, en un campo más amplio, que la intervención rusa se regía mirando más por sus intereses políticos europeos que por el mero deseo de salvar a la República española. Casi todos los incidentes entre las potencias firmantes del NIC se habían producido —y se producirían— en el mar ya que por tierra —cerrada la frontera francesa al envío de armas— el control se limitaría a una turística vigilancia de la raya portuguesa por parte de unos expertos ingleses, no demasiado agobiados de trabajo a partir del momento en que Oliveira envió a Franco los 20.000 lusitanos de la legión Viriato. Pero los mares españoles fueron pródigos en incidentes internacionales; ya en el bloqueo de Bilbao las majestuosas siluetas de los cruceros de batalla ingleses habían aparecido ante los serviolas de Moreno para advertirle que no se sobrepasara fuera de las aguas jurisdiccionales; los submarinos italianos se habían dedicado a hundir mercantes soviéticos y alguno se atrevió a lanzar un torpedo a un destructor británico que se limitó a responder con una carga de profundidad para que, de una vez para siempre, el fascista supiera a qué atenerse.

El día 28 de mayo, al tiempo que Álvarez del Vayo, delegado español en la Sociedad de Naciones, denunciaba en Ginebra la intervención germanoitaliana contra la República y recibía tanto el apoyo de Litvínov como las promesas de Eden y Delbos de una mejor aplicación del principio de no intervención, un avión gubernamental alcanzó con bombas al crucero italiano *Barletta*, anclado en Palma de Mallorca, causando la muerte de seis hombres de la tripulación. A la protesta italiana siguió una resolución del NIC lamentando el incidente y exhortando a las potencias al cumplimiento de sus compromisos cuando al día siguiente dos aviones republicanos, sobrevolando el acorazado de bolsillo alemán *Deutschland*, anclado a la altura de Ibiza, replicaron a su inesperado fuego antiaéreo con unas cuantas bombas que causaron más de 30 muertos. Parece ser que Hitler sufrió uno de sus conocidos accesos de furor y ordenó la inmediata represalia. El día 31 de mayo apareció ante

Almería —ciudad abierta— el acorazado *Admiral von Scheer*, gemelo del anterior, con una escolta de cuatro destructores. El acorazado lanzó unas cuarenta salvas de sus triples torres de 11" que produjeron cuantiosos estragos y numerosas víctimas entre la población civil. La inmediata protesta española llevada por la vía diplomática cerca de las potencias occidentales —temerosas de encontrarse ante un enredo de gran envergadura con la amenaza de Alemania e Italia de retirarse del NIC si no recibían garantías contra la repetición de tales «sucesos»— no obtuvo esta vez ni siquiera buenas palabras y el gabinete se reunió en sesión de urgencia. La moción de Prieto era expeditiva, atrevida y sugerente: proponía bombardear desde el aire toda la flota alemana en aguas del Mediterráneo y no tanto para replicar a la agresión con la agresión sino para crear un estado de guerra entre la República y el Reich que, con toda probabilidad, provocaría un conflicto europeo o cuando menos y a costa de grandes riesgos el fin de la ayuda subrepticia. Ya por entonces Prieto era secretamente consciente de que tal como iban las cosas la República nunca sería capaz de alzarse con el triunfo por sí sola y no veía otra salida al conflicto que su propagación y extensión fuera de las fronteras españolas. Los demás miembros del Gabinete reclamaron dos días para pensar la propuesta y exponerla a Azaña; Uribe y Hernández la llevaron al CC del PCE que la trasladó a Moscú. La respuesta de Stalin fue un resuelto no. La Unión Soviética no deseaba entonces una conflagración europea que llegaría a su momento, esto es, cuando todos los beligerantes fueran lo bastante fuertes como para destruirse entre sí; había que esperar al pacto germano-soviético. La respuesta de Stalin insinuaba la posibilidad de asesinar a Prieto, si ello era necesario para llevar a efecto su negativa y en cualquier caso una acción contraria suspendería ipso facto la ayuda rusa... Las iniciativas de los republicanos no sólo quedaban en el aire sino que se convertían en amenazas a sus propias vidas.

Tampoco aquella primavera fue de color de rosa en el bando nacional, a pesar de las muchas que diariamente aportaba el himno. En diciembre había sido desterrado a Lisboa Manuel Fal Conde, el jefe del carlismo, acusado de intentar un golpe de estado y a finales de febrero apareció en Salamanca el cuñado de Franco, Ramón Serrano Súñer, exdiputado de la CEDA que refugiado en la embajada holandesa logró salir de la capital vestido de mujer. Las rivalidades entre falangistas y carlistas, entre diferentes monárquicos y, en general, entre las distintas tendencias que constituían la amalgama nacional, venían acalladas por el esfuerzo de guerra y Franco se las arreglaba para gobernar los antagonismos con su reconocida habilidad para minimizar los problemas y relegarlos al mañana. Pero tal estado de cosas no podía ser duradero y fue la misión de Serrano Súñer echar las bases de un estado nuevo, autoritario, exento de los compromisos democráticos, surgido de las ruinas del liberalismo de la misma manera que la España de los Reyes Católicos había surgido de la descomposición del feudalismo. Estando en marcha el proyecto de organizar un partido unificado, surgió una desavenencia en la cabeza de la Falange, entre los jóvenes partidarios de la unificación y los «camisas viejas» de Hedilla, el jefe

provisional en «ausencia» de José Antonio. Los jóvenes eligieron un triunvirato — José Moreno, Agustín Aznar y Sancho Dávila, primo de José Antonio— para sustituir a Hedilla, con Rafael Garcerán como Secretario General; los cuatro fueron a visitar a Franco que —cómo no— les recomendó prudencia. Esa noche unos hedillistas armados se personaron en la pensión de Dávila para sacarle de la cama y conducirlo manos arriba, encañonado por el falangista Goya. No había dado dos pasos cuando Goya cayó abatido por la espalda. Falangistas armados se pasearon por Salamanca y los hedillistas llegaron a amenazar con ocupar la ciudad; entonces Franco se decidió a actuar. Hedilla y los suyos fueron detenidos, juzgados, algunos condenados a muerte, amnistiados y finalmente exilados. El 19 de abril de 1937 —sin consultas a los bandos interesados— fue proclamado el decreto de Unificación desde el balcón del palacio episcopal de Salamanca. Constaba el decreto de tres artículos solamente; la Falange y el Requeté quedaban fundidos en la «Falange Española, Tradicionalista y de las JONS» —la FET— bajo la Jefatura Nacional de Franco, Jefe del Estado, que dispondría de dos órganos para su gobierno, una Junta Política ejecutiva y el Consejo Nacional, de carácter consultivo. Incluso dispuso el uniforme, reconoció las banderas, los himnos, los emblemas; a los carlistas los vistió de camisa azul y a los falangistas les colocó una boina roja. Todo bastante simple y —si bien acompañado de las sordas y airadas protestas de los puros de un bando y otro— incomprensiblemente acatado con la disciplina que aquel hombre era capaz de infundir. Aparte de Franco, el verdadero triunfador del momento fue Serrano Súñer —«el cuñadísimo»— que a través de la Secretaría General de la FET acapararía en sus manos todo el poder político del nuevo estado, El mayor enigma lo constituía Mola que, aparte de algunos reparos gramaticales al decreto, había expresado su alarma ante la masa de poder que Franco monopolizaba; su eventual unión con los carlistas —los más ofendidos por el decreto— se había visto vigorizada durante las campañas del Norte y todo parecía indicar que el enigmático general se reservaba su opinión y bloqueaba toda acción política mientras, no diese cabal cumplimiento a las acciones bélicas de su Ejército. El 3 de junio, reanudaba la ofensiva de Vizcaya, Mola moría en accidente de aviación sobre el puerto de La Brújula, con toda la tripulación del aparato, cuando volaba de Vitoria a Valladolid. Nunca se llevó a cabo una investigación del accidente pero fuera cual fuera la naturaleza de la causa que lo provocó —intencionada o no— sobre la que tanto se ha especulado, lo cierto es que la muerte de Mola vino a allanar el camino de Franco hacia el poder absoluto al suprimir al segundo hombre fuerte, que no tenía depositada en él toda su confianza y el único al que tal vez nunca se decidiera a apartar de manera explícita, aunque sólo fuera por su capacidad para replicar con la conjura. El mando del ejército del Norte pasó al general Fidel Dávila, un hombre competente y lento, totalmente adicto a Franco y tan poco imaginativo como él, que aceptaría sus directrices, y su jerarquía con un talante muy distinto al difunto.

## Brunete, Belchite y el final del Norte

La ofensiva en el norte, estancada en la primera decena de abril, se reanudó hacia el 20 del mismo mes; el general Roatta había sido sustituido tras el fracaso de Guadalajara por el general Ettore Bastico, un hombre impaciente por sustituir con laureles las largas espinas clavadas en el CTV; pero de semejante impaciencia también participaban otros observadores y mandos extranjeros, incapaces de comprender el cauteloso paso impuesto por Franco. El 26 de abril —planeada la operación por el propio Richtofen que en privado discutió el tema con el coronel Vigón, jefe del EM de Dávila— la legión Cóndor llevó a cabo un devastador ataque aéreo sobre Guernica —capital espiritual de los vascos, situada a 30 km del frente y repleta de refugiados— y en pleno día, sin oposición aérea ni antiaérea, destruyó con bombas incendiarias todo el centro de la población causando más de 3.000 bajas de una población de 10.000. Era un anticipo de lo que años más tarde sufrirían Rotterdam, Coventry, Dresde o Nagasaki. A pesar de que el mando nacional trató de negar su participación en los hechos —atribuyendo la destrucción a los propios vascos, en su retirada— la verdad no tenía vuelta de hoja y la opinión mundial se levantó airada para clamar contra el primero de los horrores nazis cometido fuera de su país. Del NIC, como de rigor, tan sólo surgió un exhorto para que ambas partes cesasen en sus bombardeos a ciudades abiertas y aunque la operación como tal fue militarmente un fracaso —así lo reconoció después Adolf Galland, el as alemán— que lejos de quebrantar la moral de la población no logró sino encresparla, ni la unánime condena del mundo libre ni los pobres resultados conseguidos constituyeron un freno para los posteriores ataques aéreos a las ciudades abiertas que se prolongaron —sobre todo en el área mediterránea, aunque no con la intensidad de Guernica— durante toda la guerra.

A lo largo de un mes —desde que se inició a finales de marzo— el avance nacional había progresado como máximo 20 km, llegando las Flechas Negras a Bermeo a finales de abril para detenerse de nuevo durante todo mayo. El 10 de junio —ya bajo el mando de Dávila, muerto Mola— fue reanudado y el día 12 las avanzadas nacionales llegaron a los puntos débiles del «Cinturón de Hierro» señalados por Goicoechea y lograron forzarlo aquel mismo día con el apoyo de la aviación y los carros y tras una intensa preparación artillera. El día 13 Bilbao estaba al alcance de sus piezas de campaña mientras el gobierno vasco, presidido por Aguirre, se debatía en el hotel Carlton entre la rendición, la negociación y la defensa a ultranza de la ciudad. Gracias a la insistencia de Prieto —natural de Bilbao— y el denuedo de Gámir Ulíbarri y su consejero soviético el general Berzin, el gobierno optó por la última solución tras procurar la mayor evacuación posible de la población civil en dirección a Santander pero sin duda en la mente de muchos —y no digamos los que simpatizaban con los sitiadores— debió surgir el recuerdo del éxodo malagueño. También el gobierno abandonó la ciudad dejando una Junta de Defensa

presidida por Gámir y Leizaola (actual presidente de Euzkadi en el exilio) que se aprestó al combate mediante tres divisiones situadas de norte a sur al mando de Beldarrán, el alsaciano Putz y Vidal emplazado en el indefenso sector meridional. El 18 los nacionales alcanzaron la orilla derecha del Nervión y el 19 a la tarde, con ayuda de la «quinta columna» surgida en Las Arenas entraron en la ciudad abandonada apresuradamente por las fuerzas republicanas.

Aparte de su valor militar y estratégico, la toma de Bilbao suponía para Franco un éxito logístico de primera magnitud ya que por primera vez podía contar con uno de los centros industriales más importantes de la nación, prácticamente intacto y en situación de producir a los diez días de la ocupación. Por otra parte los expertos de la HISMA y ROWAK —las dos sociedades que administraban la ayuda bélica alemana y el pacto en especie, materia bruta y concesiones de toda índole— habían demostrado desde siempre un alto interés en la cuenca vizcaína, rica en minerales estratégicos de primera necesidad para el Reich, por lo que no era de extrañar que los señores Bernhardt, Bethke y Lohmann aparecieran en Bilbao para examinar de cerca el estado de sus instalaciones industriales y mineras.

El empuje nacional hacia Bilbao se prolongó casi por inercia durante el mes de junio hasta alcanzar los límites de la provincia, sin el menor entusiasmo por perseguir a un enemigo desorganizado y que en su mayoría ya no luchaba en su tierra. Se diría que una vez más la estrategia consistía en eludir su captura y hacer un alto en la marcha para permitirle reorganizarse y volver a estar en situación de defenderse.

Ya antes de la caída de Largo Caballero el EMC de la República a las órdenes del coronel Vicente Rojo había trazado unos primeros planes para una ofensiva que partiendo del sector de Madrid en dirección a Extremadura incidiese en los puntos menos defendidos del Ejército de Varela, con el ambicioso propósito de alcanzar la raya portuguesa y volver a partir en dos por su gollete la España nacional. Aun cuando no se alcanzase tan lejano objetivo el plan pretendía poner a prueba las nuevas unidades creadas con las reformas de Asensio y aliviar de manera sensible la presión sobre Madrid. A este doble propósito se vino a sumar, una vez iniciado el ataque nacional a Bilbao, la necesidad por parte del Ejército del Centro de venir en ayuda de los vascos aun cuando fuera de aquella manera indirecta que obligara a Franco a retirar algunos efectivos en el norte o a suspender su empuje a fin de atender las operaciones en el centro. A través del nuevo asesor soviético, el general Kulik, que por entonces contaba con el apoyo de Miaja, los comunistas hicieron saber que no secundarían el plan de Extremadura, que no habría aviones, tanques ni Brigadas Internacionales para llevarlo a cabo y que en su lugar era aconsejable un ataque hacia Brunete para desbordar por su retaguardia las posiciones nacionales de la carretera de La Coruña que ya con anterioridad Franco había replegado ligeramente a fin de simplificar su línea, eliminando peligrosos salientes. Como era de esperar los comunistas se salieron con la suya y se atacó en un punto que si localmente no estaba defendido con grandes efectivos se hallaba situado en el corazón logístico de todo el

ejército de Varela, de suerte que en pocas jornadas toda su fuerza podía concentrarse allí para detener el golpe, sin necesidad de recurrir a otros socorros. Y así ocurrió; una vez más los puños republicanos no llegarían a alcanzar la cara de su adversario. Dos cuerpos de ejército se formaron bajo el mando supremo de Miaja, el V al mando del comunista Juan Modesto y el XVIII, al mando del coronel Jurado, el vencedor de Guadalajara. En total cinco divisiones al mando de hombres curtidos —Líster, el Campesino, «Walter», «Gal», «Kléber», Durán— que totalizaban unos 60.000 hombres, apoyados por 120 tanques, unos sesenta bombarderos y otros tantos cazas, con unas 150 piezas de artillería. La batalla de Brunete comenzó el 6 de julio, con el calor propio de esas fechas, con una barrera de artillería y un ataque aéreo de consideración. El mismo día fue conquistado Villanueva de la Cañada y cercado Brunete aun cuando en Quijorna el 5.º Tabor de Regulares de Mizzian lograra detener a la 46 División de El Campesino. Al frente por parte nacional acudieron las divisiones 12, 13 y 150 (Asensio, Barrón y Sáenz de Buruaga) dispuestas a cerrar por los flancos la brecha republicana. Quijorna cayó al fin al tercer día de la batalla pero el avance republicano quedó detenido tras la conquista de Brunete que cambió dos veces de dueño. El día 13 el frente había quedado estabilizado y el 18 —aniversario del alzamiento—, reforzado con las 4.ª y 5.ª Brigadas de Navarra, Varela pasó al contraataque frontal sin lograr otra cosa que alcanzar el cementerio del castigado pueblo —reducido a escombros— e incluso llegando a ponerse en situación comprometida por su exceso de celo. Líster volvió a conquistar el cementerio y Franco —que no deseaba otra cosa— tomó personalmente el mando de la batalla. Después de un ataque masivo de la legión Cóndor, Asensio y Sáenz de Buruaga lograron romper por los flancos y ocupar de nuevo Brunete —definitivamente— el día 25. Convencido Varela de que enfrente tenía un enemigo pulverizado deseaba continuar su avance hacia Madrid y terminar la guerra aquel mismo mes. Franco se opuso; por segunda vez afirmó que el objetivo de la guerra no era ocupar Madrid y que Santander y Gijón seguían siendo prioritarios. Al final de la batalla los republicanos retenían cinco de los pueblos conquistados —a costa de unas 20.000 bajas, número superior al de las nacionales— pero en todo momento estuvieron bastante lejos de alcanzar los objetivos que se habían propuesto. Fue, en resumen, por sus intenciones limitadas y su desarrollo frontal, por el uso de las brigadas mixtas tanto en el ataque como en la defensa, una batalla muy similar a la del Jarama, con signo opuesto. Y aun cuando para la República no constituyera ningún éxito dado que esta vez la acción se había inspirado y desarrollado bajo el signo comunista, su resultado no tuvo grandes consecuencias políticas.

Así pues a principios de agosto Franco volvía a tener las manos libres para reemprender su interminable conquista del Norte. El 14 reanudó Dávila la marcha, con 100 batallones y otras tantas baterías, el doble de los efectivos de Gámir, carente de todo apoyo aéreo frente a una Legión Cóndor que estrenaba y probaba los últimos modelos de la pletórica Luftwaffe. En Santander se repetía hasta la exageración la

situación creada dos meses antes frente a Bilbao: un doble ataque por el sur y el este, el aislamiento más acentuado, una manifiesta inferioridad de toda clase de recursos, la imposibilidad de llegar a cualquier clase de negociación medianamente honrosa y la única salida en la defensa a ultranza o en el éxodo hacia el este... ¿hasta cuándo? Avanzando por la carretera de Palencia las Brigadas Navarras ocuparon Reinoso el 16, las Flechas Negras llegaron a Laredo el 18 al tiempo que sus compatriotas de la División «23 de Marzo» plantaban su bandera en el puerto del Escudo e impartían sus instrucciones para la erección de un monolito a la mayor gloria del Fascio. El grueso de las fuerzas vascas se refugió en la península de Santoña, pues al igual que en Bilbao nada se podía hacer por defender la ciudad, bien para embarcar en lo que fuera en dirección a Asturias o Francia, bien para un último intento de rendición honrosa. Juan de Ajuriaguerra —del Partido Nacionalista Vasco— logró negociar un acuerdo —un tanto discriminatorio, con ribetes segregacionistas— con el comandante italiano enviado por Bastico. A cambio de la rendición y entrega de armas y pertrechos, el comandante italiano garantizaba con su palabra la vida de todos los combatientes vascos que en ningún caso serían forzados a tomar de nuevo las armas contra sus antiguos compañeros. Asimismo se permitiría la evacuación al extranjero de todos los políticos y civiles que así lo desearan. Los mercantes *Bobbie* y *Seven Seas Spray*, anclados en la bahía, quedaron repletos de refugiados hasta los mástiles, mientras en los muelles los italianos vigilaban con ametralladoras en espera del ansiado salvoconducto. Un oficial italiano se personó al fin con órdenes directas de Franco de impedir la salida de cualesquiera refugiados, obligados a desembarcar a punta de bayoneta. Hubo numerosos casos de suicidio. Con anterioridad Aguirre, Leizaola y otros miembros del Gobierno vasco habían escapado por mar hacia Biarritz; el 25 de agosto, a la 1,30 de la madrugada, el submarino republicano *C-4* atravesaba la barrera de minas de la bahía de Santander para recoger a Gámir Ulíbarri y otros miembros de la Junta de Defensa y depositarlos en Gijón al día siguiente a fin de organizar de nuevo la imposible defensa del tercer y último reducto norteño. (Con todo lo que se ha escrito en España y el extranjero acerca de los hechos y los actores de la guerra civil pocas líneas se han dedicado —aparte de las suyas propias— a la hazaña y el sacrificio de Gámir Ulíbarri, el hombre que cuando se inició la ofensiva del Norte voló de Valencia a Bilbao para hacerse cargo del CG del XV ejército que no abandonó hasta la caída de Gijón.) De los numerosos barcos pesqueros y de pequeño cabotaje que abandonaron la provincia en dirección a Asturias o Francia, repletos de refugiados, unos treinta fueron víctimas del crucero *Almirante Cervera* o los *bous* armados del contraalmirante Castro.



Prisioneros vascos en la Campaña de Santander

Difícilmente podía el Ejército de Miaja replicar a los golpes en el norte después del desgaste de Brunete por lo que fue el ejército del Este, al mando del general Sebastián Pozas, el encargado de llevar a cabo una ofensiva que compensara a la República de las pérdidas de todo orden sufridas de Bilbao a Santander. Con unos 80.000 hombres, 40 baterías y unos 100 tanques crucero del tipo más reciente —y contando con el apoyo de 200 aviones— el ataque se proponía romper el casi rectilíneo frente de Aragón, que corría desde los Pirineos de Huesca hasta Teruel, por dos puntos al norte y sur de Zaragoza y —tras la ruptura— iniciar sobre esta capital un movimiento de pinzas para conquistar buena parte del valle del Ebro. Las dos puntas de lanza se dirigieron a Zuera, al norte, y Belchite, al sur. El primero fracasó totalmente en pocas horas y el segundo conoció un éxito inmediato —semejante al de Brunete— pero fue detenido por la tenaz resistencia de los nacionales que totalmente sitiados y carentes de agua, bajo un sol abrasador sólo depositaron las armas tras catorce días de incesantes combates. (Aún quedan en pie las ruinas de Belchite, uno de los pocos paisajes españoles que preserva íntegras las cicatrices de la guerra; ni siquiera hay allí insectos; el viento silba en los huecos dejados por los obuses y alguna puerta —colgada de un solo gozne— gime y chirría avengonzada, ante la visita del viajero.) Tras la caída de Belchite el 5 de septiembre Franco pudo enviar la Legión Cóndor y dos divisiones del ejército de Varela para estabilizar el frente que tras la batalla —al igual que en Málaga, el Jarama, Guadalajara y Brunete— quedaría inmovilizado y tranquilo hasta la ofensiva de Aragón.

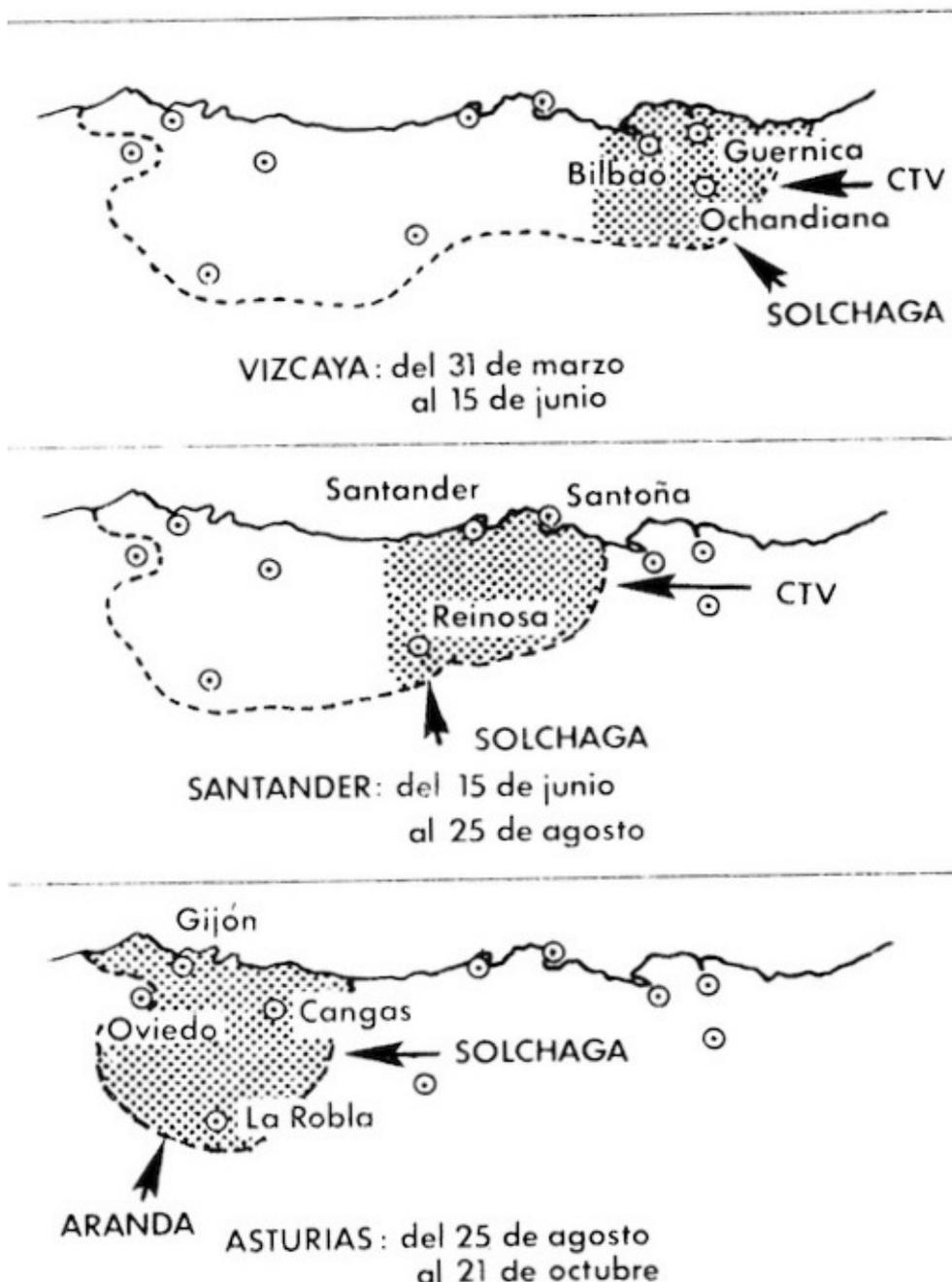


Belchite, hoy

El tercer, asturiano y último acto de la tragedia del norte se inició en septiembre con la misma parsimonia que los anteriores e idéntica técnica: un ataque por las montañas del sur —encomendado al Cuerpo de Ejército de Galicia al mando de Aranda— combinado con el ataque por el litoral por el Cuerpo de Ejército de Navarra al mando de Solchaga. A ellos se oponía una heterogénea fuerza de milicianos —que numeraba unos 40.000 hombres— en teoría dirigidos por una Junta de Defensa presidida por el socialista Belarmino Tomás, secundado por el comunista Wenceslao Roces y algunos expertos soviéticos que «Douglas» despachó desde Madrid con evidente riesgo. La Junta carecía de aviación y blindados pero en el puerto de El Musel guardaba —como oro en paño— el destructor *Císcar* y tres submarinos que suponían la última baza para alcanzar Francia en la penúltima hora. Durante todo septiembre los dos Cuerpos nacionales no hicieron gran cosa, acaso porque les enojara la lluvia asturiana sin el paraguas de la Legión Cóndor. A mediados de octubre Aranda ocupó las alturas de Pajares, San Isidro, Tarna y Oseja y en su descenso sus fuerzas se unieron en Infiesto con las del Cuerpo de Navarra que no estaban rezando en Covadonga. El 20 de octubre, a las dos de la madrugada, con los nacionales a 40 km, se reunió en Gijón por última vez la Junta de Defensa que, a instancias de Wenceslao Roces, no se contentó con pronunciarse enérgicamente por la continuación de la guerra sino que recusando el anterior Estatuto de Autonomía, proclamó la República independiente y con la Junta formó un Gobierno en cuyo primer y último acto se optó por la huida a Francia. A mayores, Franco a petición de Solchaga permitió en los últimos días el envío a aquel sector de unos escuadrones de la Legión Cóndor que se entretuvieron en ametrallar trincheras y hundir el *Císcar* y los tres submarinos en los muelles de El Musel por lo que «Douglas» una voz más

tuvo que despachar de Madrid seis aparatos. A la hora de su constitución apenas hubo tiempo para que el gobierno de la nueva República cogiera unos coches a la puerta del Ayuntamiento de Gijón que lo llevaron hasta Lugones para volar de allí a Bayona. El 21 cayó Gijón.

## LA CAMPAÑA DEL NORTE (1937)



Después de ocho meses la campaña del norte había terminado. «El Frente Norte ha desaparecido», declaró el parte nacional. Franco había conquistado unos 20.000 km cuadrados de territorio con una población de más de dos millones de personas que le podía suministrar unos 100.000 combatientes; las mayores industrias siderúrgicas y

navieras, más del 70 por ciento del carbón peninsular, por no decir todo el hierro, plomo y cinc y casi todas las fábricas de amunicionamiento estaban en sus manos. Ya sólo tenía un frente que partía España de norte a sur —con sus dos puntos neurálgicos en Aragón y Madrid— y con todo el litoral atlántico en su poder podía enviar a Moreno a hostigar en el Mediterráneo y de paso proteger los mercantes italianos. Así pues a partir de entonces —septiembre y octubre del 37— se encontraba en situación de franquía para ganar la guerra cuando y como quisiese, incluso limitando la ayuda germanoitaliana al material pesado y no es casualidad que por entonces iniciase una ofensiva diplomática cerca de sus aliados —un tanto cansados de su proceder y del lento paso que había imprimido a todas sus acciones, tanto bélicas como políticas—, para que intensificasen aquella ayuda a fin de contrarrestar «el enorme incremento» con que según sus fuentes estaban llevando a cabo los soviéticos la suya. Mussolini no tardó en responder autorizando a su Marina a intervenir en acciones concernientes al caso español sin necesidad de enarbolar la propia bandera. Los ataques de los submarinos italianos a mercantes de todas las nacionalidades —sobre todo soviéticos— impulsaron a Londres y París a celebrar una conferencia que se celebró en Nyon el 6 de septiembre invitando a todas las potencias ribereñas —excepto España— a unirse a un acuerdo para la solución de la «piratería» submarina. En ausencia de delegados de Roma y Berlín —que declinaron las invitaciones a concurrir— los reunidos acordaron que unidades de superficie francobritánicas patrullaran el Mediterráneo desde Malta a Gibraltar, autorizando la destrucción de todo submarino sospechoso que no respondiese a las señales del código. Antes de que se concluyese el acuerdo Ciano ordenó a la Marina la suspensión de todas las acciones submarinas.

No cabe terminar este capítulo sin mencionar un hecho que arroja bastante luz sobre el carácter de aquellos tiempos y hechos. La guerra española era —además de política, social y regional— también religiosa. La República —aparte de Euzkadi— se había proclamado laica porque no se podía declarar anticlerical; y Franco abrazó en seguida la causa confesional. A partir del 18 de julio en la España republicana quedó suprimido el culto y la persecución y ejecución de religiosos estuvo a la orden del día (pero aun así me fue administrada la Primera Comunión en Madrid, en la primavera del 37, por un cura disfrazado de carabinero en cuyos tremolantes latines yo creí adivinar la poca confianza que abrigaba en la adicción del neófito al Sacramento), de la misma manera que en la España nacional el mero hecho de no ser católico suponía cuando menos el arresto. El primero de julio de 1937 el Episcopado español, presidido por el Cardenal Gomá, Arzobispo Primado de Toledo, produjo una declaración (e imprudentemente se hizo retratar en grupo con el brazo en alto, para delicia de la propaganda adversaria) dirigida a los obispos de todo el mundo que transformaba la guerra civil en «cruzada» («pero la cruz era gamada» se dijo después), reducía los ideales que alimentaban el bando republicano a doctrinas satánicas y definía el Movimiento Nacional como «una gran familia cristiana». Aun cuando dos obispos —Tarragona y Vitoria— se negaron a firmarla —y

consecuentemente sufrieron su castigo— la carta reflejaba el pensamiento de la jerarquía y gran parte de la grey cristiana española de aquel entonces, mucho más monopolítica que la de ahora. Gracias a Pacelli (futuro Pío XII, entonces secretario de Estado) y su afición al coronelato la carta pudo ser considerada como una declaración de principios y la Santa Sede reconoció a la Junta de Burgos el 28 de agosto lo que significó el espaldarazo jurídico y moral —con envío de Nuncio— de la lucha religiosa, gracias al cual una España seguiría siendo fiel mientras la otra abrazaba la herejía. Si se tiene en cuenta que —republicana o no— gran parte del país seguía siendo confesional y si se tiene en cuenta que por aquellas fechas solamente Italia, Alemania y unos pocos países de su esfera (Finlandia, Hungría) y otros pocos latinoamericanos (Guatemala, El Salvador) habían reconocido a la Junta se estará en condiciones de medir la trascendencia de aquel paso que no sirvió ciertamente para llevar la paz cristiana a los españoles y vino a desmentir de forma rotunda la tan cacareada neutralidad política del Estado Vaticano.



Autoridades eclesiásticas brazo en alto

## Teruel

Un año tan belicoso no podía terminar con una relativa tregua, como el anterior, sino que concluiría con una de las batallas más crueles de toda la guerra, liquidada la bolsa del Norte, el frente se había simplificado de tal manera que Franco podía elegir a su antojo el punto hacia el que dirigir el siguiente golpe de su poderoso ejército. Contaba entonces con seis cuerpos de ejército: Navarra (Solchaga) Galicia (Aranda), Aragón (Moscardó), Castilla (Varela), Marroquí (Yagüe) y el CTV (Berti), que se distribuían según las circunstancias en los tres Ejércitos del Norte (Dávila), Centro (Saliquet) y Sur (Queipo). Sin contar las reservas, Franco disponía de unos 700 batallones, 300 baterías, 200 carros de combate y unos 60 aviones, totalizando unos 600.000 hombres. El dispositivo de la República estaba basado en tres grandes agrupaciones: el Ejército del Este —al mando del general Hernández Sarabia—, el Ejército del Centro, al mando del general Miaja y el Ejército de Maniobra, bajo el general Menéndez, distribuido en la retaguardia y el Sur. El primero cubría todo el frente aragonés, desde el Pirineo hasta las serranías de Cuenca, mientras el segundo protegía esencialmente Madrid por todos sus flancos, desde Cuenca hasta Extremadura. Numeraba en total unos 600 batallones, 200 baterías, otros tantos carros de combate y unos 300 aviones. Sus efectivos ascendían a unos 450.000 hombres. Franco había trasladado su CG de Salamanca a Burgos y la República su capital de Valencia a Barcelona, dos pasos casi paralelos y equivalentes, uno hacia adelante, otro hacia atrás.

Ya no quedaba excusa para demorar el siguiente ataque a Madrid (cuyo frente gozaba de una relativa calma desde Brunete) a menos de incurrir en una temeraria demora que permitiera a la República inclinar la balanza de fuerzas a su favor. Pero el traslado de las unidades al sector del centro —sobre todo al sur de Sigüenza— se llevó a cabo con una lentitud impropia para aquellas fechas y con desdén absoluto por el aprovechamiento de las ventajas obtenidas en las campañas de verano. La batalla de Brunete había servido al menos para persuadir a los dirigentes republicanos —no al coronel Vicente Rojo, jefe del EMC, que ya estaba convencido antes de aquella acción— de la esterilidad de toda iniciativa en el centro contra un ejército que si en julio ya se había demostrado capaz de repeler una ofensiva de gran vuelo, en octubre se veía reforzado con muchas unidades despachadas del norte. Para el EMC de Rojo no quedaban así pues más opciones que resistir el ataque a Madrid que todos los síntomas anunciaban o tratar de abortarlo mediante una operación de diversión que sólo podía llevar a cabo la agrupación de Sarabia. Teruel fue elegido como objetivo de esa operación, en parte por la lección de Belchite, en parte porque situado en el extremo sur del frente aragonés y en forma de saliente era el punto peor comunicado con su retaguardia ya que en esencia sólo la carretera y vía férrea que lo enlazan con Zaragoza se hallaban en completo poder del enemigo que tenía bien probada su capacidad para parar golpes si contaba con un buen sistema de comunicaciones.



Teruel

En Teruel el EMC repitió la táctica de las pinzas ensayada contra Zaragoza pero a menor escala, con una mucho menor abertura del compás, como si fuera consciente de que no se podía proponer grandes objetivos, conformándose con la captura de la ciudad y el desbaratamiento de los planes invernales del adversario. Los republicanos atacaron el 15 de diciembre con unos 100.000 hombres, sin apoyo artillero ni aéreo a fin de sorprender al enemigo. Dos cuerpos de Ejército, el XVIII (Heredia) y el XXII (Ibarrola), avanzaron simultáneamente al norte y sur de la ciudad, cruzaron el Guadalaviar, cortaron la carretera y el ferrocarril y realizaron el enlace entre la ubicada II.<sup>a</sup> División de Líster y la 34.<sup>a</sup> de Vega, completando el cerco de la ciudad cuyos defensores —unos 4.000 hombres al mando del teniente coronel Rey d'Harcourt— tuvieron que abandonar las alturas de La Muela para aprestarse a la defensa dentro del casco. El 18 empezaron los combates callejeros, encomendados a la División de El Campesino por su experiencia y probado arrojo en este tipo de lucha. La temperatura había descendido a 19° bajo cero —uno de los inviernos más inclementes del siglo— y hacia Navidad los defensores —con Rey d'Harcourt y el obispo Polanco— habían quedado reducidos al hospital, el seminario, el convento de las clarisas y el Gobierno Civil. El 29 comenzó con la contraofensiva nacional, encomendada a los cuerpos de ejército de Galicia y Castilla bajo la protección de la Legión Cóndor ahora bajo el mando de Volkmann que había sustituido a Sperrle; aunque llegaron a avanzar hasta San Blas no lograron romper el frente republicano —mantenido por una fuerza disciplinada y capaz— por lo que en algún momento se debió decidir abandonar los defensores a una suerte que ya era desesperada, carentes de víveres y auxilios médicos, obligados a beber el hielo fundido entre las ropas. El hielo y la nieve llegaron a provocar una tregua —miembros amputados, motores

reventados, la aviación paralizada en tierra, enormes columnas de vehículos inmovilizados en las carreteras de ambos bandos— pero el día de Nochevieja se rindieron los pocos defensores del hospital y el convento, unas docenas de hombres. El 8 de enero depuso las armas Rey d'Harcourt que —a pesar de haber aguantado más de lo comprensible— aquella noche fue tildado por Queipo de «canalla traidor», ocho días después de que Franco declarase que un año de victoria se cerraba con el «broche de Teruel».

El ejército nacional, reforzado con el Cuerpo de Yagüe, la 1.ª División de Caballería de Monasterio y la 5.ª División de Navarra de Bautista Sánchez, así como con la artillería pesada del CTV, reanudó su ofensiva el 17 de enero pero en lugar de presionar frontalmente por La Muela, emprendió una maniobra de flanco —semejante a la republicana del mes anterior— cruzando el río Alfambra al norte de Teruel y dirigiéndose por su orilla derecha hacia el sur para dar origen a un nuevo cerco de la ciudad pero los contraataques —escalonados y precisos, con un estilo que denunciaba un exacto conocimiento de la conducta enemiga— lanzados por Sarabia con la II.ª División de Lister y la XI Internacional de Heiner permitieron sostener el frente a pesar de la pérdida de La Muela, El 7 de febrero un nuevo ataque en el río Alfambra tuvo más éxito cuando la caballería de Monasterio —tal vez la última acción eficaz de esa arma en la historia— rompió el frente en un punto y permitió a las unidades de Aranda y Yagüe ocupar con rapidez una banda extensa en la margen derecha, capturando numerosos prisioneros y un extenso botín. El último estadio de la batalla se inició el 17 —a los dos meses de iniciada— cuando Aranda logró rodear completamente la ciudad. Sarabia pudo salvar la mayor parte de su ejército pero aun así dejó unos 15.000 prisioneros y abundante material. Entre los que se vieron cercados por el rápido movimiento figuraba el propio Campesino quien con sus hombres logró romper el cerco y alcanzar las líneas propias y acusó a Lister y Modesto de haber procurado su pérdida intencionada y alevosamente.

Por defender Madrid de manera indirecta en esta batalla —de más de dos meses de duración— el ejército republicano sufrió un severo castigo, la baja de la mitad de sus efectivos operacionales y la pérdida del 30 por ciento del equipo, enviado por Rusia a través de Francia que había abierto su frontera —para el paso del material por la noche— como réplica a la negativa de Ciano a participar en un plan de pacificación de España iniciado por Delbos —como ministro de un gabinete Chautemps formado en el pasado verano— y secundado a regañadientes por Eden. Las consecuencias del desastre no se harían esperar: a los dos días de la caída de Teruel los comunistas empezarían a organizar manifestaciones espontáneas pidiendo la cabeza de los ministros derrotistas, i.e. Prieto.

Durante toda la batalla Franco mantuvo una actitud un tanto ambigua que —según los testimonios de Ciano, Cantalupo, Volkmann y von Stohrer, el sustituto de Faupel cuya destitución solicitó el Caudillo a causa de sus arrogancias y tendencias hedillistas— llegó a impacientar a sus aliados. En la primera fase de la batalla,

perdida la esperanza de liberar a los sitiados pero estabilizado el frente de La Muela, los consejeros alemanes habían insistido en que no abandonase la ofensiva de Madrid, dejando en Aragón las cosas como estaban. Se diría que Franco no deseaba otra cosa que un pretexto para desmontar aquel plan y sustituirlo por otro de más limitado alcance, que le permitiera continuar en una situación política y militarmente estable, que se veía reforzada cada día. Sólo con gran relucencia —pero sin hacer coacciones parecidas a los rusos— los alemanes cansados de tantos traslados, se avinieron al empleo de la Legión Cóndor en el frente de Teruel. Al término de la batalla se decidió Franco a llevar a cabo un nuevo retoque de su edificio político. Se formó el primer Gobierno presidido por él en cuanto Jefe del Estado, Caudillo, Generalísimo de los Ejércitos, Jefe Nacional del Movimiento y presidente del Consejo de Ministros. Serrano Súñer se convertía en ministro del Interior, el general Dávila asumía la cartera de Defensa, y el conde de Jordana ocupaba al mismo tiempo la vicepresidencia y el ministerio de Asuntos Exteriores. Martínez Anido, González Bueno, Fernández Cuesta, el conde de Rodezno, Andrés Amado, Sáinz Rodríguez, Suanzes y Peña Boeuf, completaban el Gabinete. La ausencia más notoria era la de Queipo, relegado a su virreinato, exonerado definitivamente de los pasillos del poder; evidentemente disgustado, el general suspendió para siempre sus «charlas» y en compañía luego del cardenal Segura —otro personaje de leyenda, furioso antifalangista y progresivamente antifranquista— mantuvo a Sevilla un tanto al margen del nuevo Estado. Anteriormente había sido promulgada —el 30 de enero de 1938— una «Ley de la Administración Central» en virtud de la cual el Jefe del Estado podía dictar «normas Generales de Derecho» y «promulgar Leyes y Reglamentos» sin necesidad de oír a sus colaboradores. Todo el poder se concentraba en sus manos pero aun así al Consejo Nacional le cupo la gloria de redactar el Fuero del Trabajo, una pieza clave para la lucha ideológica que fue promulgado el 9 de marzo, coincidiendo con la iniciación de la ofensiva de Aragón, el obligado contragolpe y secuela de la atrición de Teruel.

Las hostilidades entre los diversos dirigentes republicanos —acusándose mutuamente por los muchos y graves reveses— se vieron mitigadas por las noticias de una inesperada victoria naval en aguas del Mediterráneo. El 5 de marzo la Flota de Cartagena, al mando de Bruno Alonso, puso proa al NNO en busca de un convoy italiano protegido por los cruceros *Baleares* —insignia del contralmirante Vierna—, *Canarias* y *Almirante Cervera*. Aun cuando sobre el suceso se ha escrito profusamente —en todos los tonos y desde todas las perspectivas— todavía hoy no está clara la maniobra de Vierna quien al parecer se despegó de su formación para atraer la atención del enemigo y permitir el mantenimiento del rumbo del convoy sin ser molestado por las unidades republicanas. Tal vez Vierna subestimaba la capacidad ofensiva de la Flota de Cartagena que hasta entonces no había mostrado ni eficiencia ni deseos de medir sus fuerzas con las de Moreno y si bien forzoso es pensar que debió aprender en su momento la lección del último día de Jutlandia lo cierto es que

en aquella ocasión no la debía tener presente: los destructores *Lepanto*, *Lázaga*, *Sánchez Barcáiztegui* y *Almirante Antequera* se aproximaron al amparo de la noche, lanzaron sus torpedos y hundieron el *Baleares* en pocos minutos, desapareciendo con el mismo sigilo, dejando que se ahogaran Vierna y 800 hombres de la tripulación. Unos 300 náufragos fueron recogidos por destructores británicos en servicio de patrulla lo que indica que el *Canarias* y el *Cervera* tenían órdenes de mantenerse ajenos o simplemente se hallaban ajenos y muy lejos.

Pero La Pasionaria y Díaz, siguiendo órdenes superiores, no dejaban de hostigar a Prieto al que abiertamente calificaban de traidor, en artículos del *Mundo Obrero* firmados con el seudónimo «Juan Ventura». La primera, en particular, a su histórico rencor hacia el ministro añadía ahora el agravio de haber sido el causante del alejamiento de su amado camarada Antón que como excomisario se había visto obligado a abandonar Madrid para mandar un batallón al abolirse, antes de Teruel, la institución del comisariado político en todas sus jerarquías. Por enésima vez —y por boca de Stepánov, Togliatti, La Pasionaria, Díaz y Hernández— los comunistas volvieron a chantajear con la ayuda rusa lo que en principio provocó una reacción de signo opuesto en Negrín que a la postre tuvo que ceder. Prieto dimitió el 6 de abril, después de un viaje relámpago de Negrín a París. Después de las vacilaciones de los comunistas —con instrucciones de Moscú de no entrar a formar parte de él—, el nuevo Gobierno quedó constituido a mediados de mes: Negrín retenía para sí la Defensa y Álvarez del Vayo quedaba encargado de los Asuntos Exteriores. Permanecía Uribe —desobedeciendo parcialmente a Moscú—, Hernández era transferido al Ejército mientras seguían Irujo y Ayguadé. Cuatro republicanos, dos socialistas y un anarquista completaban la plantilla.

La anexión de Austria —el *Anschluss*— trajo como consecuencia —entre otras muchas y de mayor importancia— la caída del Gabinete Chautemps y el 13 de marzo de nuevo Léon Blum, ante la impresión de que una tormenta sin precedentes se cernía sobre Europa, fue llamado para formar un fuerte gobierno de izquierda dispuesto a responder con firmeza a los desafueros de Hitler. Negrín, que desde que se había hecho cargo del gobierno español había predicado y practicado una política de moderación interior con el fin de ganarse la simpatía de la burguesía que aún quedaba en su zona y, por encima de todo, la confianza de las potencias occidentales —i.e. Francia e Inglaterra— que tanto habían contemporizado por su alergia a la revolución marxista, olfateó que se avecinaba un momento propicio para su causa y voló a París en busca de ayuda. En su breve estancia no dejó de alcanzar resultados prácticos y supo convencer al presidente del Consejo francés de los contraproducentes resultados obtenidos con «la farsa» de la no intervención. Léon Blum llegó a proponer a su Consejo de Defensa el envío de un ultimatum a Franco para el licenciamiento de sus mercenarios extranjeros en un plazo perentorio e incluso se barajó la idea de enviar —en caso de negativa— un cuerpo motorizado francés que entraría inmediatamente en acción en Cataluña. Pero la idea fue rechazada por Daladier, Saint-Léger —el

inevitable y nefasto acólito del Quai d'Orsay— y el general Gamelin, con el pretexto de que tal iniciativa además de no ser apoyada por los británicos podía suministrar a Italia y Alemania un *casus belli* contra Francia y sólo contra Francia. Tal vez las cosas hubieran rodado de otra manera de haberse hallado Eden en el Foreign Office pero ya para aquellas fechas Chamberlain —pensando en la política del *appeasement*, para la que necesitaría un secretario del FO más transigente con las dictaduras— lo había sustituido por lord Halifax, a causa precisamente de sus discrepancias con sir Anthony en relación con el caso español y las negociaciones para el acuerdo angloitaliano para la evacuación de voluntarios. En compensación a tantas posibilidades y oportunidades perdidas Blum prometió a Negrín un apoyo más eficaz y permanente y la frontera francesa fue abierta —para el paso de armas y pertrechos soviéticos a Cataluña— el 17 de marzo.

Mientras tanto las noticias del frente no podían ser más desalentadoras: ese mismo día las tropas nacionales ocuparon Caspe, a la semana de iniciada su ofensiva. Agrupadas en tres cuerpos de ejército (Yagüe, Berti y Aranda) Franco había lanzado al asalto de todo el frente meridional aragonés —desde Fuentes de Ebro hasta Rillo, al norte de Teruel, a lo largo de 100 km— 15 divisiones de un total de 26; esto es, más de 200.000 hombres, plétóricos de fuerza y equipo, seguros de su triunfo y apoyados por lo mejor de su artillería y aviación. La crema de su ejército contra las agotadas unidades de Sarabia y los apresurados refuerzos que los ejércitos de Maniobra y del Centro empezaron a despachar tan pronto como se tuvo idea de la magnitud de la maniobra. El frente quedó roto el mismo día; el 12 se había alcanzado la línea del río Martín, con la toma de Montalbán e Híjar, y el 17 la del Guadalope, de Alcorisa a Caspe. En contraste con todas las operaciones de la guerra llevadas a cabo hasta entonces —muy semejantes a las de la primera Guerra Mundial—, la ofensiva tenía por primera vez un sello propio, timbrado por la marcha de las unidades móviles y el predominio absoluto de la máquina sobre la topografía; un anticipo —a escala española— de la *blitzkrieg* de la segunda Guerra Mundial. A la vista del éxito obtenido —y para no desarrollar al sur del río un saliente exagerado— el día 22 de marzo se inició la operación al norte del Ebro, desde Pina hasta Huesca, a lo largo de 80 km de línea, que incluía el cruce del río en Quinto por el Cuerpo Marroquí. Diez divisiones (unos 140.000 hombres) agrupadas en los cuerpos de ejército de Navarra (Solchaga) y Aragón (Moscardó) acometieron y arrollaron fácilmente las defensas de las cuatro divisiones republicanas que desde siempre paseaban por allí confiadas en las fortificaciones de la «línea del Cinca», una de esas murallas de las que siempre alardean (aunque no tanto como en Bilbao) los ejércitos cuando van a ser derrotados. El 29 de marzo los nacionales alcanzaban toda la línea del Cinca, desde Fraga hasta Barbastro, embolsando los valles pirenaicos; el 1 de abril cruzan el Segre y pisan por primera vez tierra catalana y el 4 ocupan Lérida. Pese a su constante persecución El Campesino no se dejó atrapar —cediendo pocos prisioneros y ningún material— y gracias a la energía y talento desplegados por Pedro Mateo Merino, un estudiante de

veinticinco años, comandante de la CI Brigada, aun ocupada la ciudad logró detener al enemigo en el río, que no llegó a cruzar, y que vendría a convertirse en frente y separación de los dos ejércitos durante nueve meses, con excepción de la famosa «cabeza de puente» de Balaguer de la que el Mando nacional tanto alardearía.

Con todo, el avance más espectacular —y estratégicamente más decisivo— se produciría al sur del Ebro, en la campaña del Maestrazgo que llevaría a las tropas de Aranda, partiendo de la línea del Guadalope —cruzando por el CTV el 19— a conquistar Gandesa el día 2 de abril, por la 1.<sup>a</sup> División de García-Valiño, Morella el 4 y por fin el día 15 a la 4.<sup>a</sup> División de Alonso Vega hasta Vinaroz, llegando al mar y dividiendo el territorio de la República en dos, Cataluña y el resto. Todo parecía indicar que era el fin de la guerra que nadie —en aquellas fechas— esperaba que se prolongara hasta el verano. Bastaba que aquel victorioso y formidable ejército lanzase un par de golpes más —uno al norte hacia Barcelona y otro al sur hacia Valencia—, sin dar reposo al maltrecho enemigo y se habría logrado la consumación del conflicto.

Tal era el panorama en la península un mes después que Negrín negociara en París una ayuda más consistente de la nación vecina. Nada tiene de extraño que en tales circunstancias los dirigentes republicanos se lanzasen a una política de resistencia, en espera de la mano salvadora (¿tal vez el propio Hitler, cabalgando sobre su locura?) que les sacara del sumidero. Incluso Stalin había, luego del *Anschluss*, empezado a coger miedo y tratando de levantar —entonces— un cerco a Hitler entre occidentales y soviéticos, propugnaba la abstención de los comunistas en las composiciones ministeriales a fin de complacer a París y Londres. Tan desesperada era la situación que hasta los partidos —suprimido Prieto y toda la estructura del Ejército en manos comunistas— limaron sus diferencias; por primera en la historia española las dos centrales sindicales —UGT y CNT— hicieron pública su unidad de miras y se activó la reorganización de una Agrupación militar Centro-Sur en el supuesto de que Cataluña había de caer pronto. El 1.<sup>o</sup> de mayo Negrín expuso su programa de 13 puntos que resumía las condiciones mínimas para un acuerdo entre los beligerantes y por el que se proponía, en esencia, la vuelta al estado democrático y la renuncia de cada bando a su revolución. Pero eso era lo último que deseaba Franco que una vez más detuvo su avance. Se acuarteló en la línea Segre-Ebro, limpió las bolsas del Pirineo, amplió la conquista de la faja del litoral hasta el límite de Valencia con Castellón (cuya capital se ocupó el 14 de junio, tras varios días de feroces combates)... y esperó. (Justo es decir que las fuerzas republicanas, abrumadas durante tres meses por el peso de la derrota, en ningún momento se entregaron ni dejaron de luchar con el mayor coraje, obligando al enemigo a emplear toda su potencia de fuego y, al parecer, dejando exhaustos sus parques de municiones. Pero si son ciertas las cifras que suministran los poco fiables historiadores del bando vencedor, es preciso concluir que el ejército nacional acabó la operación poco menos que intacto. Según una historia militar que se presenta al público con pretensiones de

objetividad y rigor, las bajas del Cuerpo de Ejército de Galicia, al término de la campaña del Maestrazgo ascendían a 352 muertos, 2.726 heridos y 1.187 bajas no especificadas, es decir, 4.265 en total de un cuerpo de cinco divisiones operacionales —sin contar artillería, logística y servicios propios— que presumiblemente (ya que los historiadores oficiales nunca suministran los efectivos del ejército de Franco) numeraba más de 70.000 hombres; y no hay que olvidar que el Cuerpo de Ejército de Galicia fue la punta de lanza que soportó el mayor peso de la operación).

En junio —por si fuera poco— los ejércitos del Centro (Saliquet) y Sur (Queipo) se dedicaron a cercenar el gollete de Extremadura ensanchando la faja de 80 km entre el frente y la raya portuguesa, limpiando La Serena de rojos y afianzando el terreno por miedo a una posible ofensiva enemiga en aquel sector. Y en julio —sin excesivo entusiasmo— Aranda y García-Valiño atacaron desde Teruel al mar, en dirección a Valencia, con gran lujo de artillería y aviación pero, a los diez días de combates, los republicanos lograron contenerlos en Viver en las puertas mismas de la huerta. ¿Agotamiento? ¿Incapacidad? ¿Una oculta voluntad de prolongar la guerra? ¿Consideraban los Mandos que la fruta aún estaba verde? En cualquier caso, una conducta militar difícilmente explicable.

## La batalla del Ebro y el final de la guerra

A la República corresponde la iniciativa de la última operación de gran estilo, que daría lugar a la más dura y prolongada batalla de toda la guerra cuya suerte —sin embargo— ya estaba decidida tras la campaña del Maestrazgo. A pesar del ataque inicial —lanzado con evidente acierto y éxito tanto táctico como estratégico— fue para los republicanos una batalla eminentemente defensiva, planeada no para derrotar al adversario y cambiar en victorioso el curso de la guerra sino tan sólo para cansarle, obligarle a abandonar su intención de lograr una rendición incondicional, buscar una negociación y, en último término, esperar a una coyuntura internacional favorable a una intervención extranjera en el armisticio. En contra de la opinión casi unánime de la historia —en su momento presente— yo opino que la batalla del Ebro fue un éxito militar de la República, al inducir al adversario a morder el cebo que le había preparado y prolongar la guerra durante ocho meses cuando nadie le daba dos semanas de vida al iniciar aquella. Sin duda su ejército quedó aniquilado luego de aquel último empeño pero en un sacrificio así ¿acaso no radica el mayor valor de un ejército? Tampoco Negrín y los suyos se habían equivocado en el empleo del «último plazo» pues la crisis de los Sudetes se produjo en pleno clímax de la batalla cuyo resultado pudo ser muy distinto de no haber llevado Chamberlain y Daladier hasta la imprudencia temeraria la política de *appeasement* que venían incubando desde antes del verano. El acuerdo de Munich pudo muy bien —de acuerdo con algunos apologetas ingleses— retrasar la Guerra Mundial pero evidentemente acertó y selló la española, cuyo desenlace precipitó aquella contienda: así de complejas resultan las consecuencias de un acto político cuando en lugar de gran alcance en su visión el estadista sólo tiene compromisos y arte para eludirlos.

El ataque fue planeado por el coronel Vicente Rojo, o en cuanto jefe del EM, y su ejecución fue encomendada al recientemente creado Ejército del Ebro que a las órdenes de Modesto, comprendía los Cuerpos V (Líster), XV (Tagüeña) y XVIII (Galán): 100.000 hombres, tres regimientos de caballería, cuatro secciones de carros, 80 baterías y unos 200 aviones de combate, con especial énfasis en las secciones de Ingenieros encargados de construir los pontones y puentes (un par de ellos sumergibles) para el cruce del río y la construcción de trincheras. El sector elegido fue la gran curva del Ebro, aguas abajo de la desembocadura del Cinca, entre Fayón y Cherta, en el arco de 50 km de desarrollo con que el gran río de los iberos atraviesa la cordillera del mismo nombre. El ataque no se proponía —como se ha dicho innumerables veces— cortar la cuña nacional que dividía al territorio republicano en dos para restablecer su unidad, sino tan sólo crear una cabeza de puente fuerte y sólida que enquistada en el dispositivo enemigo al obstaculizar sus operaciones supusiera una concesión de prórroga. En todo caso, estaba prevista la ampliación hacia el oeste de la cabeza para la reconquista de las centrales de Flix, de primera necesidad para la industria de Barcelona, pero nunca la profundización hacia el sur ¡a

través de 200 km de cordillera ibérica! para enlazar con Valencia.



Cruce del Ebro por los Republicanos en Miravet

El cruce del Ebro tuvo lugar la noche del 24 al 25 de julio de 1938, a las 00.15 horas. Al otro lado del río las divisiones 13.<sup>a</sup>, 50.<sup>a</sup> y 105.<sup>a</sup>, del Cuerpo Marroquí, se hallaban en su primer sueño y fueron arrolladas tan sólo con esporádicas resistencias, cediendo en la primera jornada 4.000 prisioneros y abundante botín. Al caer la tarde del 25 los atacantes habían avanzado 40 km desde la periferia hasta el centro del arco, situado en Gandesa, llevando el frente hasta su cuerda. El único serio descalabro —y de trascendencia— fue el bloqueo de un puente por un carro averiado que obligó a la XV Brigada Internacional de Malcolm Dumbar a llevar el avance sin blindados a través de las sierras de Pàndols y Cavalls. Por órdenes directas de Franco, inmediatamente fueron despachadas al sector las divisiones 4.<sup>a</sup>, 74.<sup>a</sup>, 82.<sup>a</sup>, 102.<sup>a</sup> y 152.<sup>a</sup> que tomaron posiciones en la mencionada cuerda y acudieron con prontitud a la defensa de Gandesa, por cuya posesión el día 1 de agosto se libraron los combates más encarnizados en la cota 481. El día 2 las fuerzas nacionales ya eran —en número, equipo, artillería y aviación— muy superiores a las republicanas que siguiendo órdenes muy precisas (que contradicen de manera evidente la teoría que ve en la maniobra un intento de penetración hacia Valencia) se clavaron al terreno, comenzaron a atrincherarse y hacer fuerte su posición en espera del inevitable contragolpe nacional. La clave de toda la operación residía en presumir que la reacción de Franco —bien demostrada en África, Brunete y Teruel— consistiría en la reconquista frontal del terreno perdido pues como penetrantemente apuntó Ciano en su *Diario* en los días de Teruel, «las operaciones de Franco eran las de un comandante de sector». «Su objeto siempre es el terreno, nunca el enemigo.» Franco mordió el anzuelo y se decidió por la guerra de atrición —en su más clásica fórmula, evocadora de Flandes y Verdún—, con lo que la batalla se convirtió en un duelo de

artillería y un pulso entre el avión de bombardeo y el nido de ametralladoras escondido en un risco. El primer contraataque nacional fue lanzado el 8 de agosto y a él sucederían innumerables del mismo estilo —disputándose el terreno palmo a palmo, tras el hostigamiento artillero y aéreo— hasta el 10 de septiembre que con la recuperación de Corbera por los nacionales se llegó a un estacionamiento de la lucha. (En un incendio forestal en agosto de 1976 —38 años más tarde— en los montes de Cavalls surgieron misteriosas explosiones que llevaron a pensar en misteriosas provocaciones, medio centenar de obuses y bombas explotaron en tres noches a causa del calor o del despertar del espíritu de la pólvora dormida, sacudida por las llamas y los resplandores). El 30 de octubre —tras una barrera de artillería de unas 200 baterías y el bombardeo aéreo llevado por más de 500 aparatos, formaciones nunca vistas hasta entonces— todo el ejército del Maestrazgo, bajo García-Valiño, acometió las líneas republicanas en la sierra de Cavalls y el 2 de noviembre Galera atacó en Pàndols. Pero la retirada combatiendo de los republicanos se hizo con perfecto orden y hacia el día 10 al sur del Ebro quedaba tan sólo el V Cuerpo de Tagüeña, cubriendo el paso del río de los otros dos. (Los movimientos de Tagüeña para retirar el V Cuerpo fueron ejecutados con tal precisión que dos años más tarde serían motivo de un curso especial en la Academia Militar soviética). El 18 de noviembre el último soldado republicano abandonaba la margen sur del río y terminaba la batalla del Ebro: una semana para atacar y tres meses y medio para defender lo conquistado. El ejército republicano quedó exhausto, sufriendo con toda probabilidad más de un 50 por ciento de bajas entre muertos, heridos y prisioneros. Las bajas nacionales debieron ser muy inferiores, en virtud de su superioridad.

## LA BATALLA DEL EBRO



La campaña del Ebro provocó una crisis de nerviosismo en la España nacional, tanto como en sus aliados. Ciano en su *Diario* llegó a pronosticar «la derrota de Franco». «Los rojos son luchadores y Franco no», escribió. Cierta derrotismo empezó a extenderse por Burgos durante el verano y un grupo de «camisas viejas» fue a Roma a ofrecer la Corona a don Juan, hijo de Alfonso XIII, tras la renuncia de sus hermanos a sus derechos en favor de él. La crisis de los Sudetes —recibida en España como el último temblor antes del terremoto— llegó a impacientar a Franco que,

metido en un callejón sin salida en el caso de una conflagración europea, alineado con los más jactanciosos pero no los más fuertes, un poco precipitadamente —y sin que nadie se lo pidiese— el 27 de septiembre proclamó la neutralidad de su Estado en caso de guerra europea. Parece ser que tanto la Reichskanzlei como el Palazzo Venezia temblaron de ira ante semejante salida de su delfín y a punto estuvieron de suspender su ayuda y retirar los voluntarios si el acuerdo de Munich no hubiera venido a calmar los ánimos y satisfacer a todos... los fascistas.

Durante todo el verano habían proseguido las negociaciones —fundamentalmente anglo-italianas— para la retirada de voluntarios que en general tropezaban con la intransigencia de Franco mucho menos dispuesto a ello que Negrín. Las Brigadas Internacionales ya no tenían una función estructural dentro del ejército —que las había asimilado dentro de su organización regular—, aparte de que el 50 por ciento de sus cuadros lo constituían españoles por aquel entonces, y los expertos y aviadores soviéticos habían sido en su mayor parte reemplazados por nativos adiestrados en la URSS, con sensible mejora del rendimiento. También Stalin, luego de Munich, había abandonado la idea de un cerco a Hitler y —no quedando en su imaginación espacio para otra solución que el pacto con su colega— decidió refrenar las campañas antinazis y buscar por los terrenos menos comprometedores una sorda suavización de sus relaciones con el Reich. Todos —menos Franco— parecían dispuestos a retirar los voluntarios y en tal estado de tablas Negrín se permitió avanzar un peón, para demostrar la independencia y superioridad de su República, tanto frente a Franco como frente al NIC, anunciando la decisión unilateral de su Gobierno de retirar los voluntarios extranjeros y solicitando a la Sociedad de Naciones la supervisión de la operación. El 15 de noviembre tuvo lugar en Barcelona un desfile de despedida, ante Negrín y la Ibárruri, de todos los extranjeros que aún quedaban en España y que, por última vez, habían entrado en combate en la Sierra de Cavalls. Eran 12.000; después de los discursos, los himnos, las flores, las cascadas de papel y la parada, el último interbrigadista se despedía de España la misma noche que el último soldado abandonaba la margen derecha del Ebro. Pero semejantes gestos no eran de los que perturbaban ni picaban el amor propio de Franco que conservó sus voluntarios hasta verlos desfilar por Madrid, el día de la Victoria.

La última operación, que se pueda calificar de ofensiva, lanzada por los nacionales tenía todos los caracteres de un tiro de gracia al cuerpo abatido. Al intento de levantar la cabeza sucedió la patada de Munich, no menos dañosa para los republicanos españoles que para los checos. La República se hallaba en la ruina más negra: a oscuras, sin luz, sin combustibles ni carbón, con una ración alimenticia de 60 gramos por día de lentejas picadas («las píldoras del Dr. Negrín») o arroz mohoso, sin pan ni ropa ni lugar donde hallar los más básicos artículos para soportar el próximo invierno (en Barcelona se comía la algarroba, en Madrid se cocían las ramas tiernas de acacia, desaparecieron los gatos y perros y una rata se llegó a cotizar a 25 pts, unas 2.500 de ahora) y sin embargo el EM aún segura pensando en acciones ofensivas

contra el enemigo, como un desembarco en Motril o las tantas veces soñada ofensiva de Extremadura, mientras el ejército nacional —que sólo tenía escasez de ropas y papel de fumar— se desperezaba para conquistar Cataluña. Todavía a esas alturas, una ofensiva lanzada por Rojo en Peñarroya logró abrir una profunda brecha en las líneas nacionales, conquistando seis pueblos, con botín y numerosos prisioneros. El 23 de diciembre asaltaron las líneas del Ebro y del Segre los cinco cuerpos de ejército de Navarra (Solchaga), Maestrazgo (García-Valiño), Urgel (Muñoz-Grandes), Marroquí (Yagüe) y CTV (Gambara) apoyados desde el aire por más de 500 aparatos. Sólo Lister —al este de Lérida— pudo ofrecer una denodada resistencia que durante diez días retrasó el avance de los motorizados por el «Boulevard». El 16 de enero cayó Tarragona y el 24 —venciendo la resistencia de grupos sueltos de milicias— se llegó al Llobregat. García-Valiño ocupó Manresa y se volvió contra Vich, amenazando con cortar las principales vías de escape de los refugiados en su camino hacia Francia. El 26 fue ocupada Barcelona por una compañía de carros alemanes pero el avance continuó por la costa y el interior en dirección a Gerona y Figueras, en cuyo castillo, en una lúgubre cámara y frente a una mesa cubierta con el paño tricolor, se reunieron por vez postrera las últimas Cortes (se reunieron dos veces por año, durante la guerra, para la conservación formal de la democracia) elegidas en España por sufragio libre y universal; presididos por Martínez Barrio, se congregaron 62 diputados en una escena de postrimerías para escuchar cómo Negrín reducía a tres los famosos «trece puntos» para negociar la paz entre las dos Españas. Todos sabían que ni tres ni uno; sin votación se disolvió la asamblea y acto seguido la mayoría pasó a Francia donde solicitó asilo político.



Desfile de las tropas nacionales en Barcelona

Habiendo vuelto a cerrar la frontera Daladier, el paso de los refugiados exigió un cúmulo de negociaciones resueltas en último término por la presión de la opinión

pública francesa. A partir del 5 de febrero cruzó la frontera medio millón de personas, la mitad civiles —por lo general en las condiciones más penosas, sin bienes, con unas pocas ropas y esos enseres que los evacuados consideran más imprescindibles (colchones, persianas, coches de niño)— y la otra mitad soldados desarmados, entre ellos unos 14.000 heridos, enfermos o mutilados. Las autoridades francesas los distribuyeron en los campos de Argelès, Saint-Cyprien, Le Boulou... Unos volvieron a España, otros —los más— eligieron exilio y algunos —como Antonio Machado— quedaron allí para siempre. Hacia el 9 de febrero Cataluña se hallaba totalmente ocupada y solamente el cuadrante sureste de la península seguía obedeciendo al poco más que nominal gobierno de la República que, tras la evacuación, se reunió en Toulouse y decidió proseguir la guerra por cuanto los intentos de una negociación se demostraron estériles, una vez más. Negrín y Álvarez del Vayo volaron de Francia a Alicante donde mantuvieron una reunión con los desesperanzados responsables del Ejército del Centro y los dirigentes del PC, decididos partidarios —en contraste con los demás— de continuar la lucha.

Aunque parezca mentira hasta febrero de 1939 no declaró el gobierno de la República el estado de guerra en el territorio bajo su jurisdicción. El decreto que se limitaba a especificar la competencia de las autoridades militares contra las actividades sospechosas y las violaciones del toque de queda había sido demorado para evitar un levantamiento militar. El 27 de febrero Gran Bretaña y Francia reconocieron la Junta de Burgos, lo que provocó la inmediata dimisión de Azaña como presidente de la República; aun cuando Martínez Barrio se hiciera cargo de la presidencia y Negrín se esforzara en mantener una sombra de gobierno, ciertos altos oficiales del ejército —que discrepaban de los puntos de vista de los comunistas, entonces dominantes— ya habían decidido constituir una Junta que con o sin apoyo del gobierno negociara las condiciones de la rendición. Tal Junta contaba con el apoyo de algunos socialistas convencidos de la inutilidad de la lucha —Julián Besteiro y Wenceslao Carrillo (padre del actual secretario del PC)— y de los anarquistas con mando directo sobre unidades militares, como Cipriano Mera, Eduardo Val y Melchor Rodríguez. Cuando el pronunciamiento era inminente Negrín llegó a Madrid y tras una conversación de cinco horas logró disuadir a Casado, asegurándole que de la Unión Soviética habían llegado a Marsella más de 600 aviones y 500 cañones. El 26 de febrero Negrín convocó en el aerodromo de Los Llanos (Albacete) una reunión de los más altos jefes militares —Miaja, Matallana, Menéndez, Moriones, Bernal, el almirante Buiza (jefe de la flota) y el coronel Camacho, de la fuerza aérea—, a los que por espacio de dos horas trató de convencer de la necesidad de continuar la lucha ante la inutilidad de las negociaciones de paz. Todos menos Miaja se pronunciaron en favor del cese de las hostilidades pero al comprobar la obstinación de Negrín decidieron ponerse en contacto con Casado y su Junta. El levantamiento debía iniciarse con una sublevación de la flota surta en Cartagena y tan público era el caso que los falangistas de la ciudad, unidos a algunos

oficiales de la guarnición, se alzaron el 2 de marzo por lo que el comunista Jesús Hernández, inspector general del Ejército, envió la 4.<sup>a</sup> División para sofocar el brote. El 5 de marzo Buiza se hizo a la mar con todo el grueso de la flota —tres cruceros, siete destructores y un submarino— poniendo proa a Túnez en busca del internamiento en aguas francesas. A pesar de este fracaso, Casado no suspendió ninguno de sus preparativos y advirtió a Mera para entrar en Madrid con sus efectivos. Negrín, temiéndose lo peor, envió a Casado su propio avión a Madrid con intención de atraerlo a Alicante pero Casado —alegando toda suerte de excusas, incluso una enfermedad— se mantuvo en la capital y en la noche del 4 al 5, habiendo trasladado su CG a la Puerta del Sol, radió un manifiesto firmado por el Consejo Nacional de Defensa— en el que declarándose tan «antifascista como antibolchevique» anunció su sublevación «para señalar un camino en el desastre». En el círculo de Negrín, entre los miembros del Gabinete y los altos dirigentes del PC, congregados en la «posición Yuste», reinaba la mayor confusión que tal vez fue despejada cuando Hernández, en busca de consejo y apoyo, encontró al general Rodión Borov, máximo asesor soviético, haciendo las maletas: «¡Nosotros nos largamos!», le dijo el ruso sin ambages. Al tiempo que un par de aviones se llevaba a Francia a los últimos dignatarios, se produjo en Madrid un dramático cambio en la situación: el coronel Barceló, comunista, retractándose de una promesa anterior, volvió hacia Madrid su II Cuerpo de Ejército con intención de apoderarse de la ciudad y apresar a la Junta, que recurrió a la ayuda del IV Cuerpo de Mera. Al atardecer del día 6 se luchaba en varios puntos de la ciudad, con intervención de blindados, morteros y piezas de artillería, propagándose también a ciertos puntos de Castilla la Nueva y Andalucía hasta que la moral de los comunistas se vino abajo cuando supieron que sus máximos dirigentes estaban en Francia. El día 8 Madrid estaba de nuevo en manos de Casado quien concertó un armisticio con Barceló que, en su camino de vuelta al frente, fue detenido, condenado a muerte y ejecutado.

Mientras tanto el Mando nacional —perfectamente informado de todos los sucesos— no hizo nada por aprovecharse de ellos, optando por la más económica solución de permitir al enemigo destruirse en sus entrañas. Casado y Besteiro, una vez dueños de la capital, se decidieron a entrar en contacto con los agentes de Franco y a redactar un proyecto de armisticio por el que se salvaguardara la vida de los soldados republicanos y se concediera un plazo de 25 días para que todos los civiles y militares que así lo desearan abandonasen el país por los puertos del Levante. Franco con todo rechazó el último punto, por lo que Casado, Besteiro y Miaja en las negociaciones subsiguientes se dedicaron —con gran provecho— a ganar tiempo a fin de evacuar por Valencia y Alicante el mayor número posible de gente mientras los negociadores volaban una y otra vez entre Burgos y Madrid. El Mando Nacional pronto se apercibió de la estratagema y dio por terminadas las conversaciones a las 18.00 horas del 25 de marzo, con órdenes a sus ejércitos de emprender la marcha sobre todas las posiciones republicanas. El 26 la inició en Sierra Morena el Ejército

del Sur: el 28 cayó Madrid sin lucha. Casado y algunos otros miembros de la Junta volaron a Valencia mientras en la capital quedaban Besteiro y Melchor Rodríguez. El 29 fueron ocupados Jaén, Ciudad Real y Albacete, el 30 Valencia y el 31 Murcia, Alicante y Cartagena, con los muelles atestados de fugitivos que no llegaron a tiempo para saltar al último barco. El día 1 de abril —Día de la Victoria— el parte de guerra del CG del Generalísimo anunciaba la terminación de la guerra. Por primera vez el parte venía firmado por el propio Franco. Había durado la guerra mil días y causado al país, para hablar en términos militares, más de un millón de bajas entre muertos, heridos, desaparecidos y exiliados: un 5 por ciento de su población, amén de gran parte de sus recursos, lo mejor de su cultura y —no creo que resulte arriesgado afirmarlo, cuarenta años después— el apartamiento del camino del progreso en cuanto país democrático y unido —en la medida en que lo pueda ser—, que sólo podrá encontrar cabalmente en cuanto olvide sus resultados y destierre las causas de aquel horrendo conflicto.



El Ejército republicano derrotado camina hacia el exilio

## Conclusión

Lo que debió ser un pronunciamiento, una restauración monárquica y una vuelta al estado autoritario se convertiría en una guerra civil como no ha conocido ningún país civilizado en la Edad Contemporánea. Los historiadores y estudiosos de nuestra sociedad han visto en ello una muestra de los desastres que puede sufrir una nación cuando no marcha al compás de los tiempos y en su día no se decide a llevar a cabo aquellas revoluciones y ajustes incruentos que permiten la evolución hacia las nuevas formas que exige su sociedad. Un Estado que no había dado solución a ninguno de los grandes problemas sociales, políticos, religiosos, nacionales, regionales, culturales y de todo orden, sólo podía desembocar un día u otro en una riña de gallos. Y llegado a ese punto ya no basta el talento o el coraje para detener la tragedia que, una vez desencadenada, con frecuencia se alimenta de lo mejor de sus protagonistas —su talento, su coraje, su voluntad de lucha y su resistencia— para provocar el mayor estrago.

Cuarenta años después del conflicto las dos revoluciones extremistas que simultáneamente acabaron con la democracia española, han perdido toda su fuerza y son ahora pocos los que miran a sus ideales en busca de un porvenir social. Por eso resulta aún más paradójico que quienes con su pugna provocaron el fin de la democracia y sólo consiguieron la creación y duración de un estado híbrido que no satisfacía a ninguna teoría, constituyan de nuevo la mayor amenaza a quien ha de nacer —aún no ha nacido— tras la muerte del franquismo.

El franquismo no se podía prolongar ni se podrá repetir. Su *ultima ratio* era la duración y su única política la pervivencia. Como lo han demostrado los hechos tras el 20 de noviembre de 1975, Franco se llevó al otro mundo un Estado tan «atado y bien atado» que sólo podía durar el tiempo necesario para deshacer su embrollado ovillo, más pensado para disimular la desconfianza en la supervivencia que para la eficacia de sus instituciones. Pero a tal concepción vitalicia —y sólo vitalicia— de su Estado Franco llegó poco a poco y sólo a partir de septiembre del 36 empezó a ver en su propia persona el fundamento del mismo. Para completar el cuadro y afianzar la figura, la guerra era un instrumento precioso del que no se podía renunciar ni hacer un uso precario, breve e indebido; por un lado, mientras durasen y primasen las operaciones militares su autoridad no habría de ponerse en duda en su propio bando sino —antes al contrario— reafirmarse y consolidarse actuando con tacto, y por otro sólo mediante una guerra de atrición podía alcanzarse la aniquilación de un enemigo político que había movilizado a media España. De lo primero es buena prueba tanto la reacción de sus colegas y compañeros de armas a su nombramiento como «Jefe de Estado» cuanto la sumisión con que fue aceptado aquel humillante decreto de Unificación; de lo segundo, aún constituye más evidente testimonio su conducta bélica, inexplicable desde cualquier otro punto de vista.

Dejando aparte el ataque a Madrid en noviembre del 36, cuatro ocasiones tuvo de

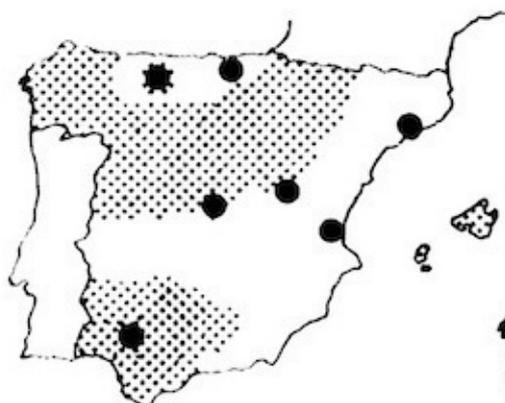
conquistar la capital y abreviar, si no concluir, la guerra radicalmente: en Guadalajara, en Brunete, en Teruel y en el Ebro y de tal manera su excesiva «prudencia» llegó a impacientar a sus colegas y colaboradores más directos que pudo encontrarse con serias dificultades de no haber prevalecido en su campo, por encima de cualquier cosa, la obediencia jerárquica. Pero aparte de eso, era el tipo de guerra que le gustaba y sabía hacer: la campaña, la reconquista del terreno, la ocupación de determinado punto. Sus ideas estratégicas no iban mucho más allá de la «toma de la cota», con el desgaste que fuera. En la segunda fase de la batalla del Ebro —la defensa de las sierras de Pàndols, Cavalls y Fatarella, de naturaleza rifeña, cabe decir — los altos mandos republicanos temían con horror un posible ataque por su retaguardia, casi desguarnecida, mientras todo su ejército, se hallaba en la bolsa al sur del río. Como el ejército republicano ni se podía despegar ni podía atravesar el Ebro en pocas jornadas un movimiento envolvente partiendo del Segre hacia la costa habría liquidado en un par de semanas una operación que costó tres meses y cerca de 100.000 bajas.

Que los militares que se habían alzado no deseaban el armisticio es cosa bien probada. Desde el 18 de julio del 36 hasta el 25 de marzo del 39, los políticos republicanos en todo momento intentaron el arreglo, bajando cada vez más su precio a medida que las cosas iban a peor. Desde la llamada telefónica de Martínez Barrio a Mola, el mismo 18 de julio, hasta los tres puntos de Figueras o los esfuerzos de Casado y Besteiro, se produce una caída del precio de una paz que sólo se conseguirá con la rendición incondicional. Ya en una ocasión Jordana le había confiado a Faupel que un compromiso con el enemigo significaría que renunciaban a los objetivos de la cruzada y ante el mismo embajador Franco no vaciló en afirmar que un armisticio seguido de elecciones era inconcebible ya que precisamente una consulta popular al país devolvería el poder a las izquierdas. Al menos hay que reconocer que los militares nunca dejaron de tener claros los objetivos que perseguían con su guerra.

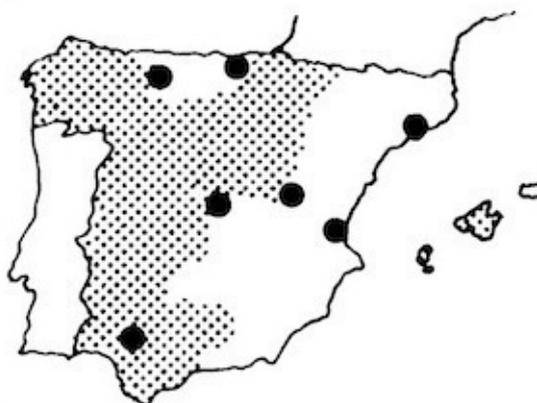
Pero lo que políticamente no se podía declarar de manera expresa —esto es, el carácter antidemocrático de la guerra— lo pondrán de manifiesto las operaciones militares que constituyen así como la involuntaria denuncia con el gesto, cuando se mantiene la boca cerrada.



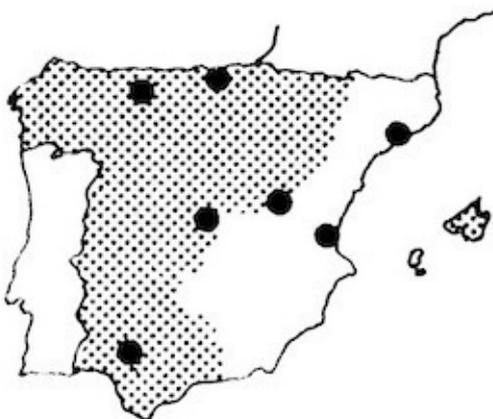
**TERRITORIOS OCUPADOS  
POR LOS NACIONALES**



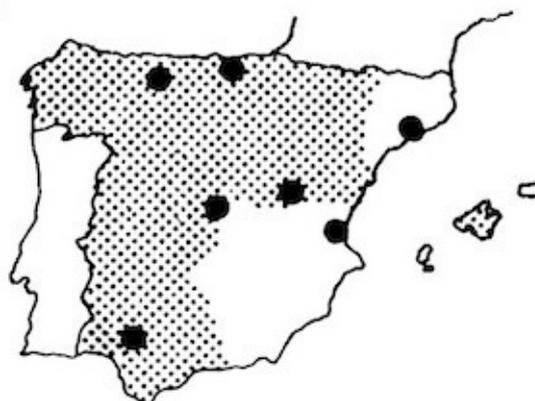
**Julio de 1936**



**Octubre de 1936**



**Octubre de 1937**



**Abril de 1938**

**Abril de 1938**

Pese al ensayo de nuevas armas y técnicas —por parte sobretodo de los alemanes, pioneros del arte militar en aquel entonces—, la guerra civil, situada en medio de las dos mundiales, se parece mucho más a la primera que a la segunda a causa de esa sucesión de batallas frontales de desgaste (con excepción de la campaña del Maestrazgo y el avance hacia el Mediterráneo) que concluirán en un estancamiento final, la inmovilización del frente y la guerra de trincheras. Sólo determinadas operaciones constituyen un anticipo de las grandes confrontaciones de la segunda guerra mundial; los ataques aéreos a núcleos urbanos, preconizados por Giulio

Douhet —el teórico de la nueva arma— y el apoyo desde el aire de los movimientos en tierra serán una constante en el teatro europeo: la utilización de Von Thoma en Brunete de masas blindadas independientes de la infantería, en busca del *schwerpunkt*, representan el precedente de los *blitz* de Polonia, Francia y Rusia, y suponen la primera aplicación real de las ideas de Fuller, Liddell Hart y De Gaulle sobre el mejor empleo de los *panzer*: en buena medida Madrid será el hermano menor de Moscú y Leningrado para la poliorcética moderna, la ciudad convertida en bastión frente a un ejército avanzado en pleno campo y por último considero que la batalla del Ebro arroja un considerable parecido con la de las Ardenas, aquella concentración en un punto para crear un *bulge* que disloque un extenso frente enemigo y no con ánimo de alcanzar una plena victoria sino tan sólo para ganar un tiempo precioso, necesario en el caso de Negrín para hallar un arreglo en un conflicto internacional, en el caso de Hitler para poner a punto más armas secretas y buscar la desunión de los aliados.

Pese a todo ello, la española fue una guerra de atrición pensada para durar y dañar y llevada a la práctica con la técnica de la apisonadora; y por si fuera poco una guerra que tanto Hitler como Stalin, en 1938, deseaban prolongar *sine die*, como se desprende del Hossbach Memorandum y de numerosos documentos de procedencia soviética; una guerra en fin —permítaseme la insistencia— que se levanta como ejemplo único en la Historia de lo que un pueblo nunca debe hacer.